

El suceder humano
Escritos quiasmáticos

Andrés Sánchez Bodas

Prólogo por José Carlos Bermejo

Exégesis por Ezequiel L. Russo

Dedico mi Suceder al suceder de mis hijos, Adán y Lucrecia
y a mis nietos y nieta, Adrián, Sebastián, Luciano y Camila.
Con todo mi amor.

Agradecimientos

Ante agradecer me encuentro con muchísimas personas, tantas que ocuparían varias páginas; esto me lleva a simplificar y decidir; como sabemos el elegir implica mencionar a algunas y algunos, y dejar otras y otros, pido disculpas de antemano por estas omisiones..

A mi mamá y mi papá por haber sido incondicionales conmigo y dejarme fluir.

A Claudia Berneman, mi compañera de vida desde hace treinta y ocho años, además de la madre de mi hija, abogada y counselor es, como socia, el cable a tierra, en el sostenimiento y despliegue de nuestra organización educativa.

A Mónica Lagache de Eppinger, que creyó en mi proyecto desde el primer momento, y fue como la hermana que no tuve, siempre apoyando, como mi primera socia, y aceptándome como soy siendo.

Al Dr. Jorge Kappel, colega y amigo, el primero con quien compartí la idea de introducir el counseling en mi país, que me ayudó a pensarlo, y que es nuestro docente desde entonces (1987); por ello, en y desde él, simbolizo y agradezco a todos los profesores que trabajan con nosotros y al equipo asistencial que superviso.

A mis maestros:

El Dr. Pablo Rispo, que me hizo comprender el Análisis existencial, y me abrió el camino hacia el humanismo.

El Profesor Manuel Artilles, con el cual, hace más de cuarenta años, me formé en el modelo de Carl Rogers, y pertenecer desde entonces, al movimiento mundial del Enfoque Centrado en la Persona.

El Dr. Guillermo Steffen con el cual me formé en el método del Ensueño despierto, basado en la teoría y práctica de Robert Desoille y, desde allí, para poder trabajar el “mundo de lo imaginario”.

El Dr. Ernesto Warnes, creador del Circulo Argentino de Psicología Profunda, donde aprendí la teoría y práctica de Igor Caruso, autor que me facilitó comprender el concepto de “Profundidad” en nuestras disciplinas.

Con y desde ellos, fui construyendo mi propio modelo, y de esto se trata, junto a otros anteriores, este libro.

A las Directoras Académicas de nuestras sedes, donde enseñamos la Consultoría Psicológica- Counseling:

La Prof. Sandra Pons que, además de ser la Directora Académica de nuestra sede en San Isidro, Provincia de Buenos Aires, y ser la coordinadora de la mayoría de los proyectos institucionales que venimos realizando, con sus reflexiones acerca de mi pensar, es de las que más me animó a expresar mi propio ideario en los libros que vengo publicando.

Las counselors Claudia Seselovski y Laura de la Torre, que no solo dirigen la sede en Rosario, Provincia de Santa Fe; también me impulsan a seguir profundizando y generar una gran amplitud de proyectos, entre ellos el de Enfoque Humano Aplicado, con una impronta humanístico social, imprescindible para pensar y actuar en el camino hacia un mundo mejor.

La Counselor y Profesora Mirta Alonso que junto a su marido, Miguel Gans, llevan a cabo una cálida y eficiente coordinación del funcionamiento de la sede de Nuevo Delta, Provincia de Buenos Aires.

La Counselor Claudia Barros con la que inauguramos la sede de Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires, ahora a cargo de la Directora Luna Gonzalez, con nuevos proyectos para asentar la profesión en esa importante ciudad.

A los acuerdos y apoyos internacionales:

A Thomas Clawson y Wendi Schweiger que, en 2007, de la NBCC- National Board Certified Counselors de USA, acordaron con nosotros empezar a certificar a nuestros counselors, organizando la NBCC Argentina, y a la actual directora, la Dra Kylie P. Dotson- Blake, por seguir confiando en nuestra tarea.

A los directivos de la IRCEP - International Registry Counseling Educational Programs, de EEUU, que avalan internacionalmente a nuestra organización.

A los doctores Thomas H. Hohenshil, Norman E. Amundson y Spencer G. Niles, editores del libro *Counseling Around the World- An International Handbook*- de la American Counseling Association, que me solicitaron que escribiera el capítulo sobre el counseling en Argentina. Soy coautor de ese libro en el que representantes de cuarenta y tres países describimos las características de esta profesión en el mundo.

A mis colegas latinoamericanos, con quienes nos integramos para organizar varios eventos internacionales -con el apoyo de la NBCC- que,

además de difundir el humanismo en varios países, enriqueció mi modelo, me refiero a:

Dr. George Vera de Venezuela, doctores Antonio Tena Suck y Eitan Kleinberg de México, Máster Omar García Miranda y Dr. Ovidio D'Angelo Hernández de Cuba.

A los colegas argentinos que me ayudaron con su sapiencia a profundizar en mis ideas, y aportar las propias en mis últimos textos, counselors José Gómez Laumann, María Reyes en *Quiasma- Metapsicología de mi posición Terapéutica-* y Ezequiel Russo, en la exégesis de este texto.

A la Lic. Lucrecia Sánchez Berneman, Directora Editorial de nuestra Revista Virtual Internacional, con cientos de lectores, www.revistaenfoquehumanistico.com, desde la cual publicamos artículos de colegas del humanismo de distintos países del mundo, en castellano, inglés y portugués.

A los editores de mis libros:

Al Counselor Osvaldo Gallino, editor de los primeros libros de counseling que escribimos en Argentina.

A Miguel Lambre, que desde su editorial Nuevo Extremo publicó uno de mis primeros libros unipersonales *Buscar un Lugar en el Mundo*.

A Pedro Ferrantelli que, además de ser uno de mis mejores amigos, desde la Editorial Lea dio cabida a varios de mis libros posteriores; le agradezco su tarea y su comprensión en la búsqueda de una nueva editorial.

A Estela Falicov y Michelle Kenigstein, que desde Gran Aldea Editores se han hecho cargo de trabajar este texto, y publicarlo con gran profesionalidad.

Al TH.Dr. José Carlos Bermejo Higuera por prologar este texto; es un honor para mí.

A mis alumnos y consultantes que me permiten seguir aprehendiendo.

Buenos Aires, 2021.

Índice

Fluir

Prólogo por José Carlos Bermejo

Introducción

Apertura: Sobre el Suceder Humano

1. Sobre las causas y el enigma
2. El instante
3. La inconsistencia del vivir
4. El amor
5. Entramados
6. Sobre el sufrimiento psíquico
7. El/LO Inconsciente
8. El Suceder Quiasmático
9. El Quiasma y el Péndulo - una síntesis
10. Sobre emociones y sentimientos
11. Sobre Quiasma y lo organísmico
12. Principios de Materialismo Quiasmático
13. Elogio de la Ambigüedad y la Duda
14. Necesidad de un Relato, la importancia del lenguaje
15. Epílogo
16. Mi Desarrollo Profesional

Bibliografía

Exégesis Quiasmática por Ezequiel L. Russo

Sobre el autor

Sobre José Carlos Bermejo

Sobre Ezequiel Russo

Fluir

El ser humano es como un río que fluye.

Entre orillas que lo contienen y le dan su cauce y su nombre.

Cuando el tiempo está calmo sigue su curso hacia su desembocadura: es quien es fluyendo.

Cuando no hay calma, transita momentos tumultuosos, después de grandes lluvias, tormentas y grandes vientos, sube y se desborda, y en ocasiones cae al vacío en forma de cataratas, así como, luego de grandes sequías, se queda con poca agua y surgen los bajones.

Mientras avanza, circula entre meandros, dobla, sigue derecho, se abre, se cierra, se agranda, se achica.

Muchas veces se encuentra con trabas que le dificultan su recorrer, a veces por el azar de árboles caídos, o de diques naturales, otras de diques contruidos por otros, o por sí mismo.

Diques que, a veces, tienen el sentido de hacerlo parar para que reflexione cómo seguir, y otras que se interponen para impedirle ser quien es y quiere ser.

Estos últimos son lo que debe superar; a veces puede solo; otras, necesita ayuda; para esto último estamos nosotros.

Nosotros, para poder hacerlo bien, primero tenemos que superar nuestros propios diques, y luego, como profesionales de las relaciones de la ayuda, formarnos seriamente para poder ayudar.

Este río que somos, fluyendo, desde un origen donde comenzamos a ser, necesitamos cruzarnos con otros ríos, para sumar y enriquecer nuestra agua con otras que agreguen sus cualidades y hacer un río "nosotros", desde el cual desemboquemos en un mar. Instante quiasmático, donde se unen las dulces con las saladas, instante en el que los opuestos se integran y hacen uno/todo. Mensaje que nos brinda la naturaleza: es posible el nosotros y también el cada uno.

Instante que deviene en otro instante, el del mar/ nosotros, que también tienen sus costas, sus mareas bajas y altas, sus tempestades, sus aguas cálidas y congeladas con témpanos.

Instante donde el río sigue siendo río y ese mar se integra a otros mares, en otros quiasmas, donde nuestro mundo se hace uno.

Y sigue su rumbo, su sentido total, que deviene de cada uno de esos ríos, que se animaron a seguir fluyendo, superando sus dificultades, dando de sí mismos lo que cada uno pudo dar.

Cuando uno de esos ríos nos pide ayuda, no solo pensemos que tenemos que ayudarlo a superar sus trabas, sus diques o los diques de otros, sino también y más aún, que pueda unirse a ese río “nosotros”, para que esos mares, donde desembocan, puedan incorporar ese modelo y unirse con los otros mares que componen nuestra casa, la Tierra.

Prólogo

1. *José Carlos Bermejo*

En psicología, hay autores que se proclaman seguidores de una corriente y hacen de ella un dogma, una especie de religión. A veces es, sencillamente, por desconocimiento de otras que pueden ser complementarias. Hay otros que, conociendo suficientemente las diferentes tendencias, saben integrarlas y, confesándose más claramente seguidores de una, hacen una integración personal desde la experiencia.

Puede ser el caso de Sánchez Bodas, que dice hacer en sí mismo, a estas alturas de su vida, una cierta deconstrucción del modelo de Carl Rogers, a quien tanto conoce y en quien tanto se ha basado a la hora de hacer del Counseling una profesión en Argentina.

El autor de estas páginas, en cierto sentido es envidiable. Hace en ellas lo que todo autor que, después de haber publicado una cierta cantidad de libros, desea soltarse y poner negro sobre blanco con una libertad mayor que un primerizo que, al escribir sus primeras obras, parece deberse al método y al esquema primero que se plantea.

Así, Andrés Sánchez Bodas, al confesar que estamos hechos de entramados, que somos pura urdimbre, desde su mirada quiasmática, profesa un planteamiento integrador también del ser humano. Somos un ser orgánico biopsicosocioespiritual y así se entrega –confiesa él- a una escucha holística.

En los tiempos que corren, todo el mundo presume de ser seguidor de modelos centrados en la persona, integradores, holísticos. Más difícil es operativizar lo que esto significa, superar los dualismos, o los reduccionismos, particularmente el reduccionismo a lo biológico en las diferentes profesiones de ayuda a las personas. Una mirada holística de generación madura, no primeriza, debería reconocer la complejidad del ser humano, particularmente cuando sufre y busca ser ayudado mediante la relación. Pero una mirada holística hoy debería también reconocer la complejidad del propio ayudante. Somos complejos, realmente interrelacionados dentro de nosotros y para con los demás.

El paradigma de sanadores heridos nos puede llevar a humanizar nuestras relaciones de ayuda, haciendo tesoro, especialmente en los contextos de Counseling, de los recursos del otro para que se ayude a sí mismo, y de los propios recursos del ayudante que es capaz de convertir en posibilidad de comprensión empática la propia fragilidad. En efecto, el counselor es un ayudante herido, un contemplador de la fragilidad del consultante en el que se evoca la fragilidad universal de la humanidad y, por tanto, la del propio counselor.

Ayudar mediante la palabra, mediante la relación, tiene mucho que ver, como gusta decir Andrés, con acompañar a reconocer lo que nos pasa con lo que nos pasa, y dar un paso más hacia la definición de lo que queremos que nos pase con lo que nos pasa. Ser dueños de la propia vida, no víctimas, narradores de las propias dificultades, protagonistas de las propias decisiones que tomamos para que se produzcan los cambios hacia la salud.

Porque, a mi entender, Sánchez Bodas tiene una mirada más centrada en las posibilidades que el ser humano tiene de hacer de la salud no una situación de ausencia de enfermedad, sino una experiencia biográfica de la que ser dueño, constructor, saboreador de una mirada positiva.

En estas páginas, en las que el autor sintetiza etapas evolutivas de su pensamiento, se propone superar las dicotomías y trascender la idea de la mera integración, para llegar al reconocimiento de ser entramados complejos donde se interpela el mundo de los valores.

En efecto, Andrés dice estar convencido de que la mayoría de los problemas y conflictos del ser humano son de naturaleza filosófica, más que psicológica. Dicho desde mi punto de vista, el mundo de la psicología y las diferentes formas de relación de ayuda, tienen ante sí el desafío de evocar más los valores como claves de afrontamiento de las dificultades. El mundo del malestar del ser humano no se agota en lo emocional. Su abordaje y eventual superación, no se queda en la mera validación del mundo de los sentimientos. Los valores son potenciales sanadores del ser humano sufriente y de los grupos que atraviesan conflictos. Es de este escenario –el de los valores– donde más fácilmente puede surgir el sentido último que permita ser más felices, también en medio de la adversidad.

A Sánchez Bodas le debemos, no solo haber conseguido que el Counseling sea una profesión en Argentina, sino importantes trabajos sintéticos y clarificadores sobre lo que es el Counseling y el modelo de atención centrado en la persona.

Desde el Centro de Humanización de la Salud de Tres Cantos –Madrid-, España, que dirijo desde hace treinta años, felicito y agradezco al autor por su libertad en la expresión de sus ideas y por el trabajo de acompañamiento humanizado en el sufrimiento, así como por el empeño en formar personas que puedan acompañar de manera competente un poco de tanto sufrimiento humano inevitable, así como prevenir un poco del demasiado sufrimiento evitable.

Th Dr. José Carlos Bermejo Higuera

Introducción

Cuando transitaba la escritura de mi libro *Quiasma* (2016), tomé consciencia de que estaba culminando un proceso, iniciado en mi primer libro *Estar presente*, con un primer artículo escrito en 1974 sobre el Enfoque Centrado en la Persona de Carl Rogers, en el cual describía su pensamiento; a partir de allí fui incluyendo distintos escritos llegando a la idea de un Enfoque Holístico. A ese libro lo subtité: “Desde Carl Rogers al Enfoque Holístico Centrado en la Persona”. Sigue siendo uno de mis textos más amados en tanto marca un derrotero, que continuó con la escritura y edición de catorce textos más, entre ellos el citado *Quiasma* – ver bibliografía-. Fue así que al subtitular este último lo planteé como un nuevo paradigma.

Esto me inspiró a continuar reflexionando en escritos posteriores en 2019 y 2020, con la idea de hacer una nueva edición ampliada. Luego lo reconsideré y decidí que podría escribir un nuevo libro, volviendo a una idea que quedó inserta como el capítulo 11 de mi libro *Manifiesto Humanístico*, donde brevemente me vuelvo a preguntar acerca de la inquietud sobre cómo somos lo que somos -que en varios de mis libros fui esbozando- y que nominé como “Acerca del suceder psíquico”. Entonces retomé ese capítulo y, con alguna pequeña modificación, lo integro con las reflexiones posteriores mencionadas. Y a eso voy.

Es así que el lector se va a encontrar con un entramado de ideas, acerca de las cuales espero que vuelvan a plantear preguntas para pensarnos desde otro lugar de los habituales, que se han ido manifestando desde el siglo pasado hasta ahora. Esta urdimbre es como pienso acerca de nosotros los humanos y la naturaleza/universo, en donde estamos siendo.

Cada lector se hará dueño del texto a su manera; la mía, al leerme como si fuera otro el que lee, lo percibo como una poesía escrita en prosa, como una música sinfónica en el despliegue de momentos que hacen a un todo, como una pintura donde la paleta marca distintos colores que, integrados, muestran una imagen de quienes somos. Estoy convencido de que somos una creación artística, cada uno de nosotros está en ese cuadro viviente, siendo a su vez una obra que se va haciendo mientras estamos aquí con los demás, en un

nosotros, donde participamos, como una narración de un relato histórico social en un presente que camina hacia un futuro.

Nota sobre el Prólogo

Al decidir publicar un libro, todo autor piensa en quién podría prologarlo.

En ese pensar se incluye un alguien que se respete profesional y humanamente; en relación con la primera debe ser alguien con trayectoria y saberes suficientes, para que, en pocas líneas, pueda hacer una síntesis comprensiva que invite a leer la obra. En la segunda instancia, quizás la más importante, un alguien que inspire humanismo en su ser persona en acción.

Ese alguien es mi colega español, el Doctor en Teología pastoral sanitaria, Máster en Bioética, Máster en Counseling, José Carlos Bermejo.

Ese alguien es un ser humano comprometido en la ayuda a personas sufrientes como pocos en el mundo. Su quehacer es, para mí, admirable, porque además de ejercer su profesión y dirigir un centro asistencial sumamente prestigioso, no solo en España, su país, sino en el mundo, es un prolífico escritor y sus textos son referentes para todo aquel que estudie o sea un profesional de toda disciplina que dirija su tarea a acompañar procesos de ayuda “psi” y espiritual.

Estoy muy agradecido por su estar presente en este texto, de una manera breve, sencilla y profundamente comprensiva de lo que pretendo transmitir.

Te invito a leer una síntesis de su trayectoria al final del libro.

Nota sobre la Exégesis quiasmática

Cuando culminé el último borrador –eso es un texto que se publica-, decidí preguntarle a mi colega Ezequiel Russo, si tenía ganas de leerlo y escribir un prólogo, me dijo que sí, y le envié lo escrito. Días después me hizo llegar su colaboración; debo decir que me impactó y, luego de dialogar con él, pensé que lo escrito no era un prólogo sino una interpretación del texto, una brillante exégesis, un aporte que se entramó con unas preguntas que vengo haciéndome hace un tiempo.

Lo que hoy sostengo, ¿es más que una apertura, una deconstrucción del modelo de Carl Rogers, o una nueva forma de pensar la ayuda?; ¿Un pensar lo humano que, si bien basado en el autor mencionado, se abre hacia un humanismo integrador?; ¿Una serie de ideas que unidas dan cuenta de otro modo de reflexionar sobre mi profesión, que facilitan, no solo integrar recursos metodológicos, sino –quizás-, cumplir el sueño de Abraham Maslow, el de habilitar un pensamiento que permita integrar modelos psicológicos y filosóficos, que tienda a unificar criterios?

Al leer el aporte de Ezequiel -por consenso con él lo ponemos como cierre del texto- tengo la sensación de que de eso intenta tratarse: desde una mirada holística encontrar en el concepto de *quiasma*, la posibilidad de un cruce en la entrama de variadas formas que se fueron expresando en el siglo pasado y en lo que va de este. Ezequiel Russo tiene esa idea acerca de mi obra, no solo de esta en particular. Y aquí tampoco puedo dejar de lado los aportes de José Gómez Laumann y María Reyes, en mi anterior libro *Quiasma*, del cual deviene este, y que se unen al escrito de Ezequiel. Los lectores y el tiempo harán su evaluación.

Encontrará un resumen de su trayectoria al final del libro.

Apertura

Sobre el suceder de lo humano

Acerca del cómo somos, y lo titulo como un suceder porque lo prefiero al de estructura, proceso, personalidad, u otra usual nominación que se observa en diversos autores.

Lo hago porque estoy convencido del fluir permanente de lo vivo, de que no somos un ser, ni un acontecer sino un suceder, un transitar, un venir un estar y un ir hacia todo junto en un aquí.

Es así que, para comenzar, me baso y sostengo la idea de lo organísmico, concepto introducido por el prestigioso neurólogo Kurt Goldstein, “padre” de la Psicología Humanística, que incluye e integra a todo el funcionar psíquico, tanto el sustrato material (el cuerpo, la mente) y su producción, como sus aspectos resultantes, lo que denominamos psiquis.

Somos un ser organísmico, biosociopsicoespiritual, en ese orden explicativo dado que cada uno suma, integra y depende del anterior.

Pensar desde este lugar nuestro funcionar personal, es decir que todo lo que implica estar vivo posee una base o impronta común.

Desde allí se observa un factor de funcionamiento similar, sea el órgano que fuere que observemos o estudiemos, siendo la mente un “órgano” más, que responde a las mismas leyes básicas de motivación, producción y acción.

Somos materia y energía que fluye, interactuando con el medio, desde un sistema dual, por un lado, cerrado y dependiente de su funcionalidad; por el otro, abierto y receptivo al ingreso de material o información.

El cuerpo es una entrama de órganos que posee un ordenamiento básico, que vive mientras se cumple.

Cada órgano es construido para producir algo en especial:

- Primero, disponible en y desde su construcción biológica.
- Segundo, recibe un estímulo.
- Tercero, lo incorpora y lo procesa.

- Cuarto, lo saca de sí, como respuesta, o como excremento.

Este orden es dado aquí solo a modo explicativo, porque en el funcionar todo está fluyendo continua, quiasmática y recursivamente, pero si detenemos, a modo de estudio y explicación lingüística –escrita u oral- la observación, se hace lineal, y vemos esos pasos.

Cada órgano funciona así, y todo el cuerpo también.

Veamos ejemplos simplificados y en una jerga secular no científica.

El corazón succiona la sangre y la distribuye expulsándola de su interioridad de órgano. El riñón toma los líquidos, los purifica y los expele, y el aparato urinario los expulsa como orina. El aparato digestivo recibe la comida, la metaboliza, la procesa, y lo que no sirve lo hace excremento, materia fecal. El aparato genital masculino produce espermatozoides y, al ser estimulado, los expulsa por el pene. El aparato genital femenino produce óvulos; cuando no son fecundados son expulsados como menstruación y, cuando son fecundados, producen un feto, que luego de nueve meses saca de su cuerpo.

Todo lo que entra es procesado según sus características y de acuerdo con el sistema implicado; a posteriori lo redistribuye en concordancia con lo que el organismo necesita, lo bueno se lo queda, lo malo o aquello que puede hacerle daño si persiste adentro, lo saca de sí mismo.

El cuerpo como un todo cumple esas leyes mientras está vivo.

La mente, como resultado del funcionamiento cerebral, procede de la misma manera, siendo el “*hardware*” de lo personal que somos.

La psique, como resultado de la adquisición evolutiva del lenguaje y, desde allí, el pensamiento, la razón, la imaginación y otras funciones, hace lo mismo con la información que recibe, siendo el “*software*” de lo que somos; por ello es “programable”.

El nacimiento inmaduro propio de lo humano, abre el camino biológico de esta programación que, en términos más suaves, denominamos socialización. O sea, la adquisición de la normatividad social a la cual somos arrojados, y la coconstrucción de la persona que seremos en vínculo con el semejante u otro.

En este proceso nos constituimos en quienes seremos siendo.

La pulsión de vida, tendencia al desarrollo vital o tendencia actualizante, es lo propio de lo vivo en tanto compele a la búsqueda de aquellos elementos

que favorezcan vivir y el alejamiento de todo aquello que atente contra el seguir vivos.

Lo que facilita la vida es sentido como bueno; lo contrario es lo malo. En los humanos, esta tendencia o pulsión existe por el hecho de ser seres vivos, pero, con el correr de la maduración y la adquisición de la noción de sí mismo, o conciencia de sí, o yo, o mí (aquí valen las distintas nominaciones), esto último regula intermediando esta búsqueda o alejamiento; por eso en lo humano lo denominamos autoactualizante.

Los animales regulan instintivamente la expresión de la pulsión vital; los seres humanos, atravesados por el lenguaje y la percepción, metabolizamos los estímulos y emprendemos respuestas variables, tanto sea en concordancia con la cultura a la que pertenecemos y a sus valores, como a la conformación personal individual que cada uno de nosotros va siendo.

Por ello, los animales poseen un cúmulo de respuestas posibles en cada especie y, en estado natural, no se observan demasiadas diferencias entre los individuos que la comparten.

Como incluimos la valoración social/cultural/epocal que influye en lo personal, los seres humanos construimos respuestas diversas, entre ellas las conductas creativas e inesperadas que hacen a la esencia de lo que somos: seres libres que, como nos legó Jean-Paul Sartre, “estamos condenados a elegir”. Lo propiamente humano se destila en el metabolismo de la información, al constituir desde ella saltos cualitativos que construyen el pensamiento y la cultura. Sin embargo, la esencia de ese funcionar sigue siendo la disposición para recibir, el procesamiento cerrado de la información -dependiente de nuestra conformación- y la respuesta en conductas concretas.

Cuando hablamos de conductas, debemos aclarar que no nos referimos a los simples comportamientos, que tanto estudió y habló el conductismo inaugurado por JB Watson, o la reflexología de la escuela rusa, es decir aquello que es observable. Por conductas entendemos toda expresión de lo humano, sean comportamientos, sueños, actos creativos, la imaginación, el pensamiento, la memoria, etc. Si a esta intelección le sumamos la idea de que todo lo que somos y hacemos es resultado de una evolución, siendo a través de ella concomitante a la necesidad de sobrevivir, podemos decir que toda

conducta es una acción destinada a seguir vivos. Desde allí propongo interpretarla y comprenderla.

Seguir vivos es, en nuestra existencia, la posibilidad de crecer, desarrollarnos y desplegarlos.

Partimos de una inicial inserción como embrión en el vientre de nuestra madre, allí recibimos todo lo necesario, y lo que excretamos se incluye en el cuerpo de ella. Al nacer, nuestro organismo está disponible al respirar, y poco al ingerir alimentos, así como buscar afecto.

Allí empezamos a captar lo que es bueno y lo que es malo, siendo lo primero lo que sentimos que nos hace bien y lo segundo lo que el organismo percibe como nocivo.

En principio, esta captación la determinan nuestros reflejos incondicionados, por ejemplo el de succión y la mirada de búsqueda del semejante. Poco después nuestro organismo -sistema cerrado- nos envía información acerca de lo que necesitamos, y lo solicitamos, estando a expensas de un adulto que pueda registrar nuestro pedido y, obviamente, proveernos de ello. Somos en un principio seres “necesitantes” - buscadores de contacto para sobrevivir- al igual que cualquier otro mamífero desarrollado, en particular nuestros primos hermanos lo primates.

Desde lo primario que somos en un principio emergen gestos naturales, propios de la especie, estos se entran en los regulados por la normatividad social del mundo adulto al cual fuimos lanzados en esta vida. Lo que se llama “el socius”, ese locus donde residen las costumbres, los sistemas de creencias, los hábitos, la moral. En ese proceso vamos incorporando lo que Humberto Maturana nominó como “lenguajear”. El gesto normatizado y aprendido en la convivencia se va haciendo lenguaje, palabras que luego se integran como un idioma “materno”.

No es casual, obviamente, esta manera de llamarlo. Todo va fluyendo en la interacción de nuestro sistema con “EL” sistema que se nos impone, y desde una mismidad corporal preperceptual, el organismo se hace urdimbre, se integra, e incorpora ese “hablar” con sus semejantes, a los cuales ha reconocido por “*imprinting*”, como todo animal, que toma imagen, olor, sonido, tacto, y reconoce a su propia especie.

Es así que, en un pasaje paulatino, con límites indiferenciados, con bordes difusos, como membrana permeable, se va constituyendo nuestro ser en el mundo, y lo que es un deseo organísmico se va haciendo consciente. El ser hablados y hablantes va integrando poco a poco la mismidad y la yoicidad, y nos ampliamos al ser seres deseantes, que subsume a lo necesitante.

De un “nene quiere”, hablando en tercera persona -desde un otro para autorreferirse- pasamos poco a poco a un “yo quiero”. Estamos a la vez en el mundo, y con nuestro organismo disponible al ingreso y egreso de materia e información, siempre filtrada por el sistema cerrado que somos.

Por otra parte, ya habíamos adquirido el registro de las tres vivencias básicas, la alegría, la tristeza y el miedo, que se registran a nivel corporal, como resultado de la satisfacción o no de nuestras necesidades y la percepción del riesgo. Las tres nos permiten sobrevivir.

La alegría como resultado del estar satisfecho, del logro; la tristeza como consecuencia de la no satisfacción, del fracaso; el miedo para detectar los peligros y defenderse.

Todo deriva de allí.

Toda conducta lleva en sí lo bueno lo malo lo alegre lo triste.

Lo bueno y alegre potencia, brinda energía para adelante, para salir, para existir.

Lo malo y triste quita energía, dificulta ir hacia, “problematiza” el existir.

El miedo nos cuida.

Estamos ante vivencias básicas, emociones elementales, que luego, al constituirse en sentimientos (emociones significadas por el lenguaje), hacen a lo humano.

El “*hardware*” brinda el dato en sí y lo hace hecho neuronal, el “*software*”, simboliza, significa ese hecho, y le da la forma que se hace sentimiento, razonamiento, o cualquier otra ecuación significativa para la persona que está percibiendo -sumando a la prepercepción originaria-.

Desde aquí podemos repensar las distintas cuestiones que hacen a la psicología una ciencia de la conducta (en el sentido que antes se aclaró).

Toda producción psíquica humana es resultado de este funcionar del cuerpo en general y de la mente en particular, sea consciente o no.

Lo consciente, no como la conciencia, sino en el sentido de tener acceso a datos que se nos brindan en un darnos cuenta de lo que estamos “produciendo” como hecho propio de uno mismo. Lo no consciente como aquello que acontece o sucede, y de lo cual no estamos al tanto en el instante, pero podemos deducirlo desde una reflexión posterior, como entramado en las conductas que hemos producido.

Aquí empieza la intelección que hacemos los profesionales del mundo “psi”. Podemos empezar a diagramar ideas acerca de la salud, la anormalidad, y enfermedad o anormalidades mentales y psíquicas, las primeras neuronales, las segundas psíquicas en sí mismas.

En principio, con las primeras estamos ante nociones de las neurociencias; de allí las palabras de enfermedad y salud mental.

Las segundas, acerca del malestar o bienestar en el desarrollo personal.

Sobre las primeras es importante pensar de dónde deviene la palabra enfermedad, del latín *infirmare*, que significa la dificultad del funcionamiento de un órgano, función para lo cual está preparado para realizar.

Por ejemplo, si un riñón no filtra correctamente, se dice que ese órgano infirma su función, por lo tanto, tenemos problemas renales. Un adecuado filtrado, indicará que está confirmando un hacer correcto. Por eso se dice que sanar es lograr *restitutio ad integrum*, es decir restituir la integridad del órgano y lograr que confirme un adecuado funcionar.

Una enfermedad mental es, entonces, aquella que resulta de un inadecuado funcionamiento del sistema nervioso, una falla en la transmisión neuronal, una perturbación “informática” del “*hardware*”, o una lesión que dificulta algún tipo de estado mental, y que por ello produce síntomas que perturban a la persona o a sus allegados, estableciendo conductas bizarras o inadecuadas para sí mismo o los demás. En estos casos, el cerebro procesa la información y la envía a hacerse conducta, de una manera que es considerada poco apta para la situación. Esto de “poco apta” es un gran tema de discusión, en tanto entran en juego costumbres, valores, ideologías. Sin embargo, hay algunas categorías de problemas mentales que podemos decir hoy, gracias a las neurociencias y a estudios antropológicos, que son propias de lo humano en general, como expresiones comunes en todas las épocas, identificables por lo que las personas dicen y por sus manifestaciones corporales. Nos referimos

a las depresiones y las fobias, con sus opuestos sintomáticos, las manías y/o euforias en el primer caso, y las valentías suicidas en el otro (en este último caso cuando esa conducta no es elegida por necesidad o valor en juego). Otra cuestión son las denominadas en alguna época posesiones, hoy psicosis, donde la persona pierde el juicio o evaluación de la realidad que le impone su cultura, adoptando conductas de desdoblamiento, alucinaciones, vivencias de persecución, extrañamientos y/o rupturas de la identidad, entre otras manifestaciones.

En todos estos casos, y quizás en algún otro, podemos decir que la persona adopta un modo de ser del cual no se siente dueño; habla desde un lugar que no quiere o no desea, sufre por ello o hace sufrir a los otros.

Así como sabemos que todo esto es fuente de mucha discusión, y que varias de las consideradas enfermedades mentales son epocales, es decir responden a cuestiones culturales en una época, vinculadas (coincidimos con Michel Foucault) con el poder y su influencia en la normatividad sociocultural. Tanto es así que en otra época puede no ser considerada así, o aún más no manifestarse esa denominada sintomatología, o no haber sido nombrada (lo que es igual en tanto al no nombrarse no posee existencia en sí). Quizás por eso ahora se prefiera hablar de trastornos. Es, por otra parte, muy interesante, pensar y observar que, cualquier problemática mental y/o psíquica, deviene de los modos habituales de emocionarse y sentir.

La depresión no es ni más ni menos que una tristeza que se ha instalado.

La manía y la euforia son exageraciones de la alegría.

Las fobias, de los miedos, y obviamente el pánico también.

Las denominadas neurosis obsesivas provienen de la necesidad del orden.

Las llamadas histerias, de la seducción.

Las esquizofrenias, de la posibilidad que tenemos de imaginarnos otro.

Las paranoias, de la posibilidad de percibir el riesgo y la persecución.

Las alucinaciones, de poseer un sistema imaginario ante la ausencia del objeto.

Las impotencias, de las potencias que no pueden expresarse.

Así, todas las demás manifestaciones del sufrir humano, que se instalan como tales ante las vivencias de amenaza y la necesidad de defenderse.

De todas aquellas cualidades que nos permiten enfrentar la vida, ir hacia el existir, pueden surgir inadecuaciones defensivas, que alteran y producen efectos vividos como negativos. Por ejemplo, de la tristeza como emoción que permite darnos cuenta de que hemos perdido algo, y desde allí hacer algo para reparar la pérdida y, si no se lo logra, puede surgir la depresión.

De la alegría que sirve para conectarse con los logros, la manía. Del miedo, útil para darnos cuenta de los peligros, las fobias, y quizás las paranoias. De la posibilidad de imaginar creativamente, las psicosis. Todo parte de la necesidad de sobrevivir, de crecer, de desarrollarse, de desplegarse, y mientras esto acontece sin perturbación, podemos tener los problemas que surgen del “pathos” normal, de la percepción de la incertidumbre, de la falla básica de lo humano, de las paradojas duales, del sabernos seres para la muerte, de la angustia existencial, de la incompletud, del estar obligados a elegir cada instante de nuestra vida (“condenados a la libertad”, nos dijo JP Sartre), del estar atravesados por el otro, del lenguaje que nos aleja del hecho en sí y que nunca podremos asir en su totalidad, de no haber aprendido correctamente cómo enfrentar conflictos, de tener un modelo inadecuado para lo que queremos o deseamos, de haber tenido una situación traumática que nos marcó negativamente, de estar alejados de nosotros mismos, de poseer un sistema de creencias que nos fue útil antes pero ahora no, de sufrir una pérdida afectiva grave, de que aspectos no conscientes influyen demasiado en nuestro hoy, de no saber jugar roles flexibles y ser rígido ante los cambios que la vida nos impone.

Toda conducta surge desde esas bases del suceder psíquico, desde las más triviales o cotidianas, sean un sueño, un imaginario, un proyecto, el amar, el leer, el estudiar, el proyectarse en una acción, toda conducta hasta aquellas que parecen trascendentes, como la búsqueda de sí mismo, el autoconocimiento, el creer en Dios y el filosofar.

Toda conducta tiene el sentido de seguir viviendo, y está vinculada al marco relacional en donde se establece, y aunque esté anquilosada por la historia de cada persona, es posible que sea revisada y reconstruida desde otra forma de estar con el otro.

Toda conducta fluye entre la amenaza al ser o la libertad para el ser.

Ambas son los dos polos posibles que nos encuentra el existir con otros y con nosotros mismos como otros para nosotros.

Si hay amenaza hay defensa; si hay aceptación hay fluir armónico.

Si hay defensa hay síntoma.

Si hay amenaza hay disonancia; si hay aceptación hay consonancia.

Hay que trabajar la aceptación, eso es la clave del bienestar, y si bien no niego la importancia de los acontecimientos y sucesos que han hecho ser de alguna manera a una persona, estos, si hoy se detonan como vinculación indeseable por ella o por los que están relacionados, y se la percibe como trastorno, debemos analizarla como consecuencia de un hoy que los resignifica, de un mañana que se propone e implica lo que se está siendo, y no de un ayer que influye, pero no condiciona ni determina.

Desde una mirada quiasmática, esto se ve mucho más claro, esta claridad deviene de pensar que estamos entramados, que somos urdimbre atemporal que, como veremos, se manifiesta instante tras instante en el devenir vital.

Desde que estamos en el mundo, desde que coexistimos, somos un todo en el todo, de hecho es así cómo es muy difícil detectar, salvo situaciones muy extremas, qué es lo que está causando lo que nos pasa, sea esto algo satisfactorio o penoso. Más aún, en lo que mencioné como “situaciones extremas”, también si vamos más a fondo, es factible abrir el juego al misterio del existir sin saber bien quiénes somos y qué nos pasa con lo que nos pasa.

Entrar en esta modalidad de pensar lo humano es lo que pretendo seguir explorando en lo que resta del texto que, como he dicho, es una continuación de lo planteado en varios de mis textos anteriores y especialmente en *Quiasma*, mi anterior publicación. Como dije en el comienzo, cuando fui transcurriendo su escritura, tomé conciencia de que era posible estar generando un nuevo paradigma post postmoderno, para pensar sobre la conducta humana, sobre la vida en general y por qué no, que podría ser aplicado en las distintas ciencias, sean estas las denominadas “blandas” o aquellas a las que se les dice “duras”. Antes, eran las humanísticas/sociales y las exactas, como si las primeras no fueran exactas y las segundas sí, como el absurdo de pensar que hay saberes exactos, casi como decir que existe la verdad.

Hasta hoy todos mis libros (ver bibliografía) se han referido al mundo “psi”, a las relaciones de ayuda psicológicas en sus distintas variables disciplinarias, la Psicoterapia, el Counseling, la Psicología Social, el Trabajo Social/Comunitario.

Este, si bien parte de allí, porque es mi profesión desde donde pienso y hablo, pretende instalarse en un ámbito intermedio que denominaría de índole “FiloPsicoSocio”, que indica la posible transdisciplinariedad necesaria para abordar el “suceso humano” en un intento de comprender ese misterio que somos y desde el cual vivimos existiendo en este mundo que nos tocó.

Digo suceso; podría decir acontecimiento o fenómeno.

Y me juego con esas tres posibilidades en tanto somos un Fenómeno/Suceso/Acontecer en ese magma que es el universo que nos contiene y en el cual hemos emergido hace miles y miles de años.

El lector se va a encontrar con reflexiones diversas, colocadas en el orden en que fueron surgiendo en mí; considero que el título, que surge de una de las reflexiones, da cuenta de la posibilidad de hacernos ver que el ser ambiguos es una virtud, una posición existencial que en general es denostada, por considerarla propia de los inseguros, de los prescindentes, de aquellos que se “lavan las manos” ante lo que hay que decidir y hacer, opiniones de aquellos que creen que la verdad y la objetividad existen, y que hay que ser asertivos, directos, no dudar, “ser fuertes”.

Estos son aquellos que vienen manejando el mundo, y así nos va.

Además, dejan de lado la particular “condición humana” que implica sentir, experimentar y simbolizar, darle nombre, lenguajear, en y sobre la vivencia. Esto implica la duda y, como verán, el darse permiso para fluir en un devenir sin sentido, hasta que este, en un cruce, en una entrama, en un bucle de ese devenir, en uno de los pliegues de ese despliegue, algo se hace un hecho que es efecto y no causa y se lo vive como instante eterno, -UN QUIASMA-, nos da cuenta de una vivencia a la que le decimos Sentido y, si bien lo sabemos transitorio, nos tranquiliza.

Tranquilidad que de ser instalada *per se* se convierte en traba para el desarrollo de nuestro ser persona y de la sociedad, si de ella se trata.

El lector instruido podrá inferir influencias de muchos autores, de la Filosofía, la Psicología y la Sociología, lo cual es obvio; sin embargo, no

pretendo citarlos, salvo que sea necesario hacerlo, lo que escribo es lo que pienso, y eso es lo que me importa transmitir.

Se observarán varias referencias, inevitables, a mi trabajo como terapeuta, que sugiero ampliar a la vida con los otros que cada uno de nosotros transita, y otras, a mi modo de pensar lo humano y la vida.

1

Sobre las causas y el enigma

La conducta humana -todo lo que somos y hacemos- deviene de la entrama de un presente, un pasado y un futuro, de un cómo, de un porqué y un para qué. De un proyecto, de una acción actual y de una historia. Todo deviene de un cruce de causas inmediatas, mediatas, multicausas y a-causas que confluyen en una motivación del organismo humano que integra emociones y reflexiones que, al simbolizarlas, es decir uniendo las dos caras de la misma moneda -eso significa símbolo- nos hace esencialmente seres sentimentales. Con todo esto y con instantes que devienen en cada encuentro que tenemos como facilitadores del desarrollo humano- sean consultores, terapeutas o analistas- nos encontramos.

Ante el enigma que nos reporta cada vínculo que establecemos con la intención de promover la resolución de conflictos, problemas que hacen sufrir, dilemas existenciales, y tomar decisiones que generen mayor bienestar. Asistimos con la pretensión de generar un espacio en el cual el consultante explore su enigma, hecho que no es inconsciente ni consciente; es un enigma que el organismo transita y que desea tramitar de otra manera por eso no consultan. De esto se trata, entre otras variables, lo que digo cuando digo que somos Quiasma –cruce integrativo- en cada momento de nuestra vida. Un cruce que implica el lenguaje, como uno de los ejes esenciales del ser persona, tema del cual escribí en los capítulos 2 y 3 de mi libro *Manifiesto Humanístico* -ver bibliografía-. Somos seres en el lenguaje y este surgió como una necesidad evolutiva de nuestra especie, y lo hizo al unísono con el desarrollo de nuestras cuerdas vocales y la posibilidad de oír y decodificar simbólicamente. Aquí no preguntamos ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?; fue un salto evolutivo, se dio en lo que llamo *instante*, el misterio de cada instante de la aparición de sucesos, hechos, entes, materia no viva, materia viva, materia cósmica que se fue desplegando y lo sigue haciendo.

2

El instante

Leyendo a Heidegger en su libro sobre Nietzsche me encuentro con una metáfora donde, hablando del Eterno Retorno de lo mismo, sitúa al mediodía como el instante donde este retorno se expresa, momento del día donde el sol marca una instancia en la cual la temporalidad se integra. No hay pasado, ni futuro ni presente separados, están integrados en ese instante. Y me fui a la idea que expreso en mi libro *Quiasma*, donde planteo que se vive en los tres tiempos al mismo tiempo, en un continuo medio día. Si acompañamos a un otro en esa integración surge la posibilidad de ser libre. No te condiciona nada, sos dueño de vos mismo; ni el pasado, ni el futuro, solo poder estar en cada instante pleno. No en el aquí y ahora, porque al decirlo así estás implicando que hubo un antes y habrá un después, y si bien como concepto humano lo hubo y lo habrá, no en lo real sino en lo conceptual lo hay y lo habrá, pero olvidate de eso, que no te condicione, y verás cómo la pulsión de vida aflora por sí misma y te orienta. Lo que Nietzsche nomina como voluntad de poderío, Spinoza el conatus, y nosotros tendencia autoactualizante te permitirá acercarte a tu sabiduría organísmica. Serás tu propio “sobrehumano”. *Let it be.*

3

La inconsistencia del vivir

El “qué estás pensando” de Facebook me tienta y hoy, en un domingo a la tarde, habiendo pasado el mediodía, medio lluvioso, medio soleado, mirando en mi balcón el horizonte, con el fondo de las copas de los árboles de Palermo, leyendo los comentarios a mi comunicación; en eso veo un avión levantando vuelo, a dónde irá, quiénes están allí, cada uno con su enigma, con su misterio, ¿yendo, volviendo?, ¿o será partiendo? Allí, mirando en ese instante, recordé que hace cuatro años reflexioné y publiqué sobre la diferencia entre aquí y ahora y el instante; ayer, leyendo sobre Nietzsche, veo que él dijo algo similar cuando refiere al Eterno Retorno, un retornar a aquellos o a aquel instante en el que fui pleno y actualizado, da la posibilidad de la autotransformación. Es fuerte sentirse cerca de ese genio que revolucionó la Filosofía y el pensar sobre lo humano. Vengo hablando “intelectualmente” de miradas reduccionistas, deterministas, causales; me formaron así en mi juventud universitaria. Luego creí que el Existencialismo me sacaba de ese lugar y me di cuenta de que era otra forma de determinismo, el futuro determina me decían, somos proyecto, la existencia precede a la esencia. Otro dualismo, esencia versus existencia, pasado versus futuro. Años después “me apareció” el modelo del aquí y ahora, del presente como determinante. Antes el porqué, luego el para qué y ahora el cómo. Pero si se sigue pensando el pensar del pensamiento, aparece el enigma; se me apareció el enigma y, con él, basta de dualismos. Fluimos, ni aquí ni allá ni hoy ni mañana, ni atrás ni adelante, fuimos y cada momento abre nuevos juegos, el tema es qué hacemos con ellos. Cómo asumimos una responsabilidad sobre nosotros mismo y los demás nosotros. Solo siendo respetuosos de lo que se nos da y de lo que damos. Sin ser dualistas, ni causales, y la única manera de serlo es perder el miedo a la inconsistencia del vivir, sin querer encontrar una verdad y por lo tanto un enemigo de ella. Es una posición difícil, lo sé, Por eso insisto en “déjate ser” y confía.

4

El amor

El amor es una palabra, y como tal un concepto, que alude a una serie de acciones y vivencias basadas en la ayuda mutua, que generan un campo relacional, un “clima”, una “atmósfera”, que facilitan a los seres vivos sobrevivir y desarrollarse positivamente en concordancia con sus potencialidades de especie. Los vegetales logran ser quienes pueden ser si logran entramarse “amorosamente” con el entorno ecológico; en esas instancias logran dar y recibir “caricias” naturales y se desarrollan desplegando su ser. Los animales, desde el “más primitivo” en su estructura biológica, hasta el “más desarrollado”, generan vinculaciones con su mundo, con el congénere y con el contexto que, si son “amorosas”, les permiten ser quienes son, sobrevivir y desplegarse en sus características. Al ver las conductas de seducción y apareamiento impacta ver el amar en acción, que luego se manifiesta mucho más en el cuidado de las crías. Cuando vemos a las aves en sus juegos de mutua búsqueda, y mucho más a los mamíferos, donde aparecen las emociones, se nos hace más notorio lo que describo. La ternura, la contención, el apoyo, las caricias, las miradas, el encuentro piel a piel, son conductas amorosas muy evidentes. Por ello insisto en que hay que saber diferenciar el amar del amor: el primero es un verbo lo cual indica acciones; el segundo es la vivencia que llamamos amor.

En nosotros los humanos, el lenguaje, la simbolización que genera el pensar, nos hace seres sentimentales. El humano significa la emoción que irrumpe, la nombra y la hace sentimiento. Por ello, para nosotros, el amor es un sentimiento y no una emoción. Una significación simbólica de la vivencia que el cuerpo registra ante el mutuo contacto de acciones amorosas. En ese registro, nuestro organismo no solo logra sobrevivir, sino socializarse, y ampliar su perspectiva vital. Esto me hace decir que el amor es el “combustible”, de la energía espiritual de Bergson, del conatus de Spinoza, de la voluntad de poder de Nietzsche, de la pulsión de vida de Freud, de la tendencia actualizante de Rogers, y la autoactualizante que sostengo. En vínculos amorosos –familiar, social, amical, de pareja- nuestra noción de yo-mismo que “filtra” las informaciones emergentes de las relaciones con el mundo otro, permite una

mejor congruencia organísmica. El amor es la base del proceso de ser un yo-mismo nosotros, entramándose, y desde allí, insisto, poder devenir los instantes existenciales con mayor bienestar.

En lo que respecta a las profesiones de ayuda/asistencia/análisis, el gran aporte de Carl Rogers fue darse cuenta de que somos seres naturales, y como tales seguimos las reglas de la naturaleza, desde nuestra propia forma no natural de ser seres naturales. Es así que fue generando un modelo de la ayuda “psi”, que basó su tarea en posibilitar espacios “amorosos” entre consultantes y consultados. Estos espacios permiten atravesar un eje que nos constituye que genera los conflictos que tenemos. Ese eje es el que Maurice Merleau-Ponty – lo parafraseo- planteó de la paradoja de ser naturalmente no naturales, de una naturaleza que, al “lenguajear” –utilizar el lenguaje verbal-, significar y simbolizar, se aleja del fluir libre que tienen los que no piensan su pensar; me refiero al resto de los seres vivos.

Sin embargo, la esencia natural, muchas veces distorsionada por lo condicional de los vínculos que sostenemos, que nos aliena y nos aleja de la experiencia pura que el organismo nos brinda, puede revisarse y deconstruirse en el contexto que Rogers nos enseña a generar. De esa manera podemos recuperar al amor que circula en nuestro Ser como lo que ES. Si lo logramos, podremos ser siendo lo que nuestro deseo de potencia -no el de carencia- nos va “pidiendo”. Esta solicitud se va dando en concordancia con los instantes quiasmáticos, que tramita nuestra existencia en su devenir, como un ser en el mundo de las cosas y del otro nosotros.

5

Entramados

Cuando algunos autores piensan lo humano y su construcción como personas lo consideran como producto de una historia; otros como haciéndose hacia un devenir, y están aquellos que nos hablan del aquí y ahora, donde todo se une.

En casi todos los casos en que aparece la pregunta acerca de quiénes somos, cómo somos, quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos, surge la angustia, la ansiedad ante el hecho del tiempo, de ese acontecer indefinible, que pasa, que transita y que sin misterio nos lleva hacia la muerte, aunque esta última nos enfrente con la incógnita acerca de si hay algo o no después de que ella nos acontezca. Acontecer, suceso en el cual no estaremos presentes, salvo, quizás en el instante previo, en el último suspiro. Por ello me surgió la siguiente reflexión:

Somos instantes, momentos pasajeros y una sucesión de recuerdos. Somos viajeros en el tiempo, en una fracción del mundo en la que instalamos nuestra vida como si fuera a durar para siempre. Pero lo cierto es que somos fugaces, somos como huellas en la arena que las olas borran al momento de irnos.

Estamos ante una interpretación de un hecho, no hay otra manera de hacerlo, tal como nos legó Nietzsche. Lo que las personas hacemos es interpretar lo que llamamos hechos, si bien pueden ser datos sensibles que, por lo tanto, impregnan nuestros sentidos, al instante los simbolizamos, los significamos, los denominamos. Estas acciones de interpretación están, a su vez, dichas, elaboradas, por la construcción social en la que caemos al mundo y coexistimos en él. Unos pocos logran salirse e individuarse creativamente de lo contextual: esos son los creadores. Algunos son “tirados” al olvido porque dañan lo instituido y, quizás rescatados en un futuro que puede, por su tránsito transformacional, darles cabida. Otros pocos son aceptados y producen revoluciones, científicas, artísticas, políticas. Estos últimos, salvo excepciones, han hecho aportes que no hicieron peligrar los sistemas, o han sido tan geniales que con sutilezas han esquivado “las balas”.

Si logramos pensarnos como cuaternarios –biológicos, sociológicos, psicológicos, espirituales- integrar los descubrimientos sobre la percepción de la psicología de la Gestalt y los aportes de Merleau-Ponty, sobre figura y fondo en los primeros, y sobre lo visible y lo invisible en el segundo, podemos acercarnos a una mirada sobre quiénes somos que denomino quiasmática y que puede ayudar a que nos comprendamos un poco mejor. Estamos, entonces, ante la idea fenomenológica gestáltica integrada de figura fondo. Aquello que los instantes que transitamos se van colocando “a la vista”, y con eso nos encontramos en cada mediodía, deviniendo de uno a otro, con alternancias de predominio. Si escuchamos y respetamos ese fluir facilitamos que la voluntad de poderío haga su camino en cada ser vivo y obviamente en cada humano. Sé que vivimos en una mundanidad de conceptos que coconstruyen la realidad que queremos que sea; si sabemos que en cada caso es una ilusión del instante podremos ser más sabios con nosotros mismos y con lo otro, eso otro que es la naturaleza y nosotros otros entramados.

6

Sobre el sufrimiento psíquico

Muchos de mis colegas terapeutas han comprado la idea de que cuanto más se “desgarre” el alma, la psique de su consultante/paciente en el marco de una sesión, esta es más “profunda”, “más terapéutica”, “más sanadora”. No voy a negar que muchas veces eso acontece; el tema es si eso lo “provoca” el profesional o eso sucede porque lo decide el devenir de un proceso. Por ello considero que es mucho más facilitador cuando el proceso transita por “aguas tranquilas”, donde ambas partes dialogan dándose el espacio de reflexiones libres de amenazas. Eso es confiar en la sabiduría del organismo que cuando es escuchado sin desconfiar sale de sí mismo, entra en sí mismo, va y viene en una búsqueda de aquello que lo hace ser quien es y, si está aquí con nosotros, pidiendo ayuda, es porque se ha alienado, alejado de sí mismo, y nuestra tarea profesional es crear ese espacio para que retorne a su propia experiencia. Es por ello que no coincido con “técnicas” que indiquen caminos y sí lo hago con recursos que abran el juego al propio caminar. Esto hace que me aleje de modelos deterministas, historicistas, futuristas causales. Debemos facilitar la mirada sobre sí del consultante, construyendo una que sea compartida. Si podemos hablar de una dirección, de una meta, de un sentido, de lo que hacemos, es el entramarse en la percepción que emerge en cada momento y en el transcurrir de la entrevista/sesión, y desde allí intervenir acompañando.

Quizás parezca que movilizar con un método –el que sea– permite que la persona llegue al meollo de lo que le produce su malestar o síntoma de consulta. Me pregunto: ¿quién puede decirlo?, ¿el profesional desde su “saber”?, ¿el consultante desde su “darse cuenta” o “*insight*”? Pensar eso, cualquiera de las dos respuestas, es haber caído en una trampa. La trampa de que al ser movilizado se ha vuelto a caer en otro condicional, que quizás aleje del condicional que ha suscitado lo que hace sufrir al consultante, pero es seguir con un modo de percibir que no es propio sino inducido por un contexto. No se ha ayudado al consultante a llegar a su yo-mismo, a buscar un propio modo de individuarse. Quizás calmó el síntoma, pero el formato sigue siendo el mismo: cambió de amo, pero sigue siendo esclavo del debe ser de otro, en

este caso de un profesional que se instaló en ser una nueva persona criterio y no ayudó a que su consultante logre ser su propia persona criterio.

Mientras mis colegas del mundo “psi” sigan el “modelo médico” -relativamente válido en medicina donde hay que curar desde un saber científico-, modelo impuesto por la lógica de los principales creadores de teorías y prácticas “psi” que han sido médicos. Mientras ese paradigma -el curativo- siga siendo predominante, es inevitable que muchos de mis colegas creen que “curan”, indicando con sus interpretaciones e intervenciones directivas.

Además, es un modelo que hace creer en el poder de la cura y eleva el narcisismo egoico de muchos de ellos. No saben que, sin querer, hacen un daño más profundo: dañan el Ser. Esto es un resabio de una mirada médico psicológica sobre el sufrimiento psíquico, que se instaló en el siglo 20, haciendo de nuestras disciplinas errantes dependientes de la denominada “ciencia”, olvidándose de que el sufrir personal es una entrama que hace eje en la necesidad que tenemos de encontrar sentido vital y que de allí deriva la mayoría de los denominados “trastornos”.

7

EI/LO inconsciente

Dando una clase, en un primer año de la carrera de Counseling, me preguntaron sobre la noción de inconsciente. Les expliqué sobre la hipótesis de Sigmund Freud, el aporte en disidencia de Carl Jung, lo que plantearon los analistas existenciales, principalmente Ludwig Binswanger y lo que nos legó la fenomenología a través de Merleau-Ponty. Todos intentando explicar/comprender aquello de nosotros mismos que nos está oculto, que no es consciente, pero que es parte de nuestra psiquis y que muchas veces influye en las conductas y comportamientos.

Como siempre alego, estamos ante conceptos teóricos que hacen parecer reales fenómenos que acontecen y, tal como los pensemos, nos posicionamos. Sabemos que somos seres que interpretamos los hechos y les damos entidad de "real". Entonces, no es lo mismo decir: El inconsciente, Lo inconsciente, Lo no consciente, Lo no visible. Esto en el orden de los autores antes citados que, tal como lo han definido/interpretado, han generado distintos modos de aproximarse al tema y, por supuesto, generar metodologías para abordarlo. Es obvio que no es lo mismo decir EL que LO, cambiar IN por NO, y tampoco desde el estudio de la percepción teorizarlo como lo no visible.

En síntesis: Freud "EL", Jung "LO", Binswanger "NO" y Merleau-Ponty describir desde lo visible o lo invisible. A su vez, varía que lo pensemos como aquello que ocupa un alto porcentaje de nuestra conciencia del yo-mismo -y como tal de mucha influencia en el suceder psíquico de todos los humanos-, que aproximarse a esa idea desde un no prejuicio acerca de cuánto nos influye y dejar liberado a cada ser humano su mayor o menor influencia. Pasamos, por ejemplo, desde la mirada "sospechosa" desde la cual hay que develar lo que está oculto para conocernos mejor y, si tenemos una dificultad vital, ayudar en ese "darse cuenta", a otra que deja librado a la percepción de cada uno y que no parte de una idea preconcebida "universalmente". Esto marca profundas diferencias entre el psicoanálisis freudiano, el jungiano, el análisis existencial y

una posición fenomenológica. Si bien tengo mi posición, lo dejo abierto porque nadie tiene una verdad al respecto.

8

El suceder quiasmático

Se trata del todo, de Dios, del conocer y de la comprensión

Introducción

Esta nota, escrito, veremos qué, surge en forma “espontánea”; digo espontánea entre comillas porque lo que leerán en la primera parte, pretendo dejarlo sin ningún tipo de corrección; luego, en partes que prosigan sí serán desarrollos conceptuales basados en esta “espontaneidad”. Lo escrito emerge desde la intención de seguir profundizando la idea, el concepto de quiasma, que considero nodal para deconstruir modelos y abrir el juego a nuevas formas de comprensión de la vida y de lo que constituyen los entes.

Primera parte

Abro el juego con una metáfora, el concepto de Dios, para ayudarme a explicar una idea tan compleja como la de quiasma, simple y totalmente porque la idea de Dios resume en sí misma lo que es quiasmático. Esto es independiente de que se crea en él, se sea agnóstico e incluso ateo, en tanto es una idea que existe desde que el ser humano es y que resulta de la necesidad de comprender el misterio de nuestro existir. Si bien se ha expresado y se expresa de múltiples modos implica lo mismo:

Un algo, un alguien, un ser, un no ser, que no es causado, que es lo que es y que genera -no causa- todo lo que es sin ser causado, y produce efectos que construyen desde el universo como un todo hasta la más mínima expresión de lo dado, sea materia en sí o materia viva, hasta nosotros los humanos.

Un misterio que ha tenido respuestas filosóficas, teológicas, sociológicas y psicológicas.

Un misterio en el que encajan necesidades de explicación, que aún no tiene y que implica la gran pregunta: ¿Qué es la naturaleza que conocemos, de

dónde proviene y qué lugar tenemos nosotros en el cosmos? Por qué y para qué.

Eso implica la idea de quiasma, que puede definirse como entramado, entretreído, urdimbre, cruce, que hace ser a todo lo que es, y que nos confronta cuando queremos conocer y comprender aquello que nos interesa, sea lo que fuere, incluso y quizás mucho más, a nosotros mismos. Y digo quizás más a nosotros mismos porque siendo un quiasma que puede pretender autoconocerse lo hace de lo quiasmático hacia lo quiasmático. Por ello es recursivo y, para acercarse a su comprensión, hay que alejarse del sentido común, del pensamiento lineal y darse el permiso de abrirse a reflexiones que tomen en cuenta el principio de incertidumbre, la relatividad y lo cuántico.

Vamos por partes y, para evitar una posible confusión inicial, esta idea solo nos acerca al efecto nunca a la causa; por ello no es causal ni multicausal. Nos coloca en la instancia de que no importa la causa, no solo porque no nos importa sino porque saber ninguna causa es una pretensión imposible. Solo acercarse a ideas que den cuenta de ella sabiendo que por ahora son solo acercamientos. Pensemos, pues, que solo percibimos efectos, nunca sus causas; cuando hablamos de ellas debemos saber que son solo aproximaciones posteriores a un hecho, un acontecimiento, un suceso, tentativas, explicaciones que van fluyendo, que necesitamos para afianzarnos en algo, solo eso. De hecho, hasta los científicos de las disciplinas más “duras”, más “exactas” en sus deducciones, producto de sus investigaciones, saben que lo que hoy dicen saber, mañana será transformado, cambiado, revisado, anulado por otras y que entonces lo que dicen acerca de alguna causa es hoy un paradigma que saben que será diluido por otros algún día, cercano o lejano.

Quiasma es un concepto que:

No es dualista ni por ello monista.

No resiste una mirada empirista ni metafísica, ni idealista.

No puede explicarse desde la dialéctica más clásica, aquella que nos hablaba de tesis, antítesis y síntesis.

No puede explicarse desde el estructuralismo, ni desde la posmodernidad que dice no ser estructuralista.

No responde a ninguna creencia religiosa, en tanto dogma que pretenda dar cuenta de lo que es lo que es, aunque implica cierto nivel de *religare*.

No es espiritualista, ni budista, ni hinduista, ni existencialista, ni holística, aunque sean quizás las miradas que más se le acercan.

En síntesis: no resiste ninguna dualidad de opuestos tales como original/derivado, blanco/negro, puro/impuro, malo/bueno, genético/construido, trascendental/mundano, dios/diablo o, como dije al principio, empirista/idealista. Estas supuestas oposiciones no lo son en sí mismas, una es por la otra, son una unidad que se manifiestan como trampas del lenguaje, y quizás, como dijo Jacques Derrida en su tesis sobre Husserl, una manera de pensarlas es que se “contaminan” entre sí, o cuando también cuestiona las categorías del antropólogo estructuralista Lévi-Strauss entre lo crudo y lo cocido.

Esta contaminación se da en un cruce de instancias que también son cruce de otras instancias *ad infinitum*.

Tampoco por ello es relativista, en el mal sentido de esa palabra, porque exige un planteo ético para no entregarse al nihilismo ni al escepticismo.

Ahora:

Si lo pensamos desde la medicina, la homeopatía circula cerca.

Si vamos a la física, un Einstein y sus seguidores transitaron a pocos pasos, pero no entraron del todo en el núcleo de esta idea. Incluyo aquí la teoría de la incertidumbre y la del caos.

Si vamos a filosofía veo a los presocráticos, tales como Heráclito y aun Parménides, no Aristóteles, sí algo de un Santo Tomas de Aquino, como también Spinoza cuando escribe su *Ética* y hace una similitud de Dios con la naturaleza y plantea su idea de conatus. Algo de Hegel, quizás Leibnitz, Nietzsche, Bergson, Heidegger, Sartre, Levinas, Derrida y Deleuze junto a Guattari, produjeron ideas que permiten hoy pensar en la de quiasma. Es posible que me olvide de otros, pero estas citas pueden orientar al lector hacia dónde me encamino.

Y dejo aparte a dos, a Husserl y Merleau-Ponty, y lo hago porque desde ellos, desde sus ideas de reducción en un caso y de percepción en el otro, nos pueden servir de telescopio para escudriñar el espacio que genera esta idea. Por lo menos nos han brindado un método que por el solo hecho de ser humildemente descriptivo, no explicativo: la fenomenología existencial, nos acerca, nos alivia y nos impide caer en el desánimo.

En psicología, tanto Freud con su método de asociación de ideas, la noción de inconsciente y la importancia del pasado, al igual que Watson con el condicionamiento, incorporaron elementos para pensar que lo dado viene de algún lado diferente del que el sentido común nos indica. Así como Jung al estudiar más a fondo los sueños, los mitos, los arquetipos y su noción de animus/anima. Ellos pasaron cerca de ese núcleo.

Tiempo después, autores del humanismo, tales como Maslow, Rogers, Perls, Moreno, entre otros, nos hablaron de la importancia del presente y del proyecto, introduciendo una noción de tiempo más completa y pensando de una manera más optimista sobre el despliegue de potenciales si se generan vínculos que lo posibiliten.

En los últimos tiempos, la neurociencia está recorriendo nuevos caminos; espero que no caigan en nuevos “principios dormitivos” -concepto que Gregory Bateson extrae del “ Enfermo Imaginario de Moliere- y que crean que todo pasa por el cerebro y se olviden de que somos un cuerpo completo, una carne consciente de sí misma -organísmica- que va más allá del cerebro, sin que eso reste importancia a sus descubrimientos si aportan a comprender mejor lo que nos pasa y por qué somos como somos.

Todos enriquecieron y lo siguen haciendo, no hay duda, el concepto de que lo que es, sea una piedra, un vegetal, un animal o un humano, como entes coconstruidos por la materia que se es y somos y por los contextos. Sin embargo, no tomaron en cuenta el azar, aquello que cada segundo se impone como parte de una entrama que hace lo que hace para ver lo que vemos.

Entonces, vuelvo a la idea de Dios, aquello que está allí, que es origen efecto y todo.

Vamos a nosotros, y aquí recuerdo lo que dije en mi libro *Desplegarse* acerca de que “no somos quienes creemos ser y nunca sabremos quienes somos; solo haremos acercamientos que nos tranquilicen para encarar la vida que existimos”.

Si somos una entrama, una urdimbre, un entretejido, y la idea de individuo es una idea que no tiene sustento en sí misma si no implica al otro y al contexto que nos junta, que solo es posible pensar en nosotros, y no solo en el sentido del Yo-Tú de Buber, que también se acercó al núcleo pero no entró del todo.

Solo hay encuentro, el de nosotros y eso es quiasmático.

No explica nada, solo es Es.

Y de esto se trata.

Más aún y en esta búsqueda de aclarar me produce una sensación sentida, aquella que me dice que tengo clara la idea de quiasma, pero veo la dificultad de transmitir con palabras, sobre todo escritas, de qué se trata, en tanto el lenguaje es lineal y la vida circular, y como dije, recursiva; por eso recurro a metáforas que nos ayuden a acercarnos.

Por ejemplo, pienso en quiénes somos y cómo queremos conocernos, explicarnos, comprendernos, y lo hacemos uniendo con alfileres, juntando hechos, historias, presentes y de imaginarios futuros, nada da cuenta del todo, pero algo encontramos que nos aclara y, desde allí, mientras tanto vivimos.

Para ser más claro, pienso en mi yo-mismo y desando mi historia, mi origen, buscando quién soy, así como analizo mi presente y encuentro algunas líneas, pero ninguna da cuenta de quién y cómo soy. Salvo otro que me dice algo de mí, que observa cómo me conduzco, cómo me he conducido. También puedo ver mis emociones y sentimientos, observar mi contexto, mi familia, mi contexto laboral y veo que algunos comportamientos hacen cierto eje que dan cuenta en algo que sustenta quien soy hasta hoy. Eso lo llamo "mismidad".

Pero también me pregunto el misterio de por qué estoy aquí, si he tenido libre albedrío y cómo se incluye el azar.

Si me traslado a mi historia familiar, si pienso que soy producto de un encuentro entre mi madre y mi padre, que se dio por azar; más aún, porque cierto espermatozoide le ganó a los demás y ese es mi origen biológico.

Voy para atrás, llego a España, siglo 19, mis antepasados, más allá no lo sé, he visto esa historia, me la han contado y de esos relatos también descubro el azar de encuentros entre ellos, incluso el de haber llegado a la Argentina y culminar en Mendoza.

Si pienso en cómo se fueron generando mis instancias vitales, mi propia familia, también me encuentro con el azar de los encuentros, sus efectos y las decisiones que tomé luego.

Cada instante genera el otro instante y así sucesivamente; elegimos, es obvio, pero con los hechos que se nos cruzan, somos una entrama de hechos, un quiasma a cada instante y hasta que la vida se nos acabe.

Qué podemos decir de aquel que está en su negocio y entra un ladrón y lo mata; no solo él culminó su vida, todo su entorno se modificó.

O aquella otra que estaba saliendo a trabajar y se olvidó el celular, volvió a buscarlo, sonó el teléfono, hablo con su madre, etc. etc. ¿Todo habría sido distinto si no se olvida el celular?

Entonces, ¿estamos determinados, somos causados, elegimos siempre?

Saber quiénes somos es una tarea que será siempre inconclusa, transitoria.

Por ello nuestra tarea profesional se basa en el encuentro nosotros, en la generación de una relación que acepta lo quiasmático, que tiene una intención, la de posibilitar que el consultante se autoexplora y encuentre sentidos a sus actos, los que encuentre y le sean útiles para sentirse mejor, hasta para creer que se conoce y pueda elegir.

Esto nos lleva a pensar sobre el libre albedrío, la posibilidad de decidir, de proyectarse, dado que suponemos que nos constituye por ser, que sepamos, el único ser vivo que sabe de sí mismo en un sentido bastante más amplio que otros animales.

Quiasma, palabra inquietante que hace ser a todos los hechos que son, incluso nosotros a cada instante.

Si logramos comprender su importancia nos alejamos de todos los dogmatismos, nos hacemos más humildes, menos ego y nos instalamos en el misterio de esta vida que no sabemos de dónde nos vino, quizás del azar, de cierta energía cósmica, de lo que llamamos Dios, del Big Bang.

Si sabemos que vivimos en un pequeñísimo planeta, que somos más que microscópicos en relación con el infinito universo, polvo cósmico fluyendo que también sabemos que tendrá un final dentro de miles de millones de años.

Cada uno encuentra su porqué y su para qué, sea en el cotidiano vivir con el proyecto vital que suponga poseer.

Quizás esto nos haga más libres y más comprensivos, quizás nos importe más el nosotros que nosotros mismos.

Quizás si logramos imponernos esta idea ella nos permita fluir y no quedarnos atrapados en sinsentidos.

Todo pasa por el sentido, es lo que es y ese es su sentido; el tema es descubrir de qué hablamos cuando hablamos de sentido y, de saberlo, cuál es el nuestro, largarnos a explorar sin pretender poseer la verdad.

Y si volvemos al principio recuerdo la famosa frase “seréis como dioses”; quizás de eso se trate del sabernos entretnejidos con el todo, un todo que es más que todo, y dedicarnos solamente a comprender.

Segunda parte

Releo lo escrito anteriormente y decido seguir profundizando, y me encuentro con conceptos, con nociones, que considero necesario aclarar y desarrollar.

Por ejemplo: azar, causa, conocer, realidad, idea, concepto, sentido, temporalidad, comprender, explicar, verdad, libre albedrío, libertad, naturaleza humana/condición humana.

A su vez, y no me sorprende, cito más autores de la filosofía que de la psicología; digo que no me sorprende porque estoy convencido de que la mayoría de los problemas/conflictos humanos son de índole filosófica, de filosofía de vida, más que de la psicología. Es por ello que muchas veces se me escucha y se me lee que el gran error de mis colegas del mundo “psi” ha sido el alejarse de la filosofía y querer acercarse a la medicina, construyendo un híbrido.

Es posible que esto se relacione con que los creadores de los principales movimientos de la psicología clínica occidental fueron médicos, neurólogos y psiquiatras, y trasladaron su práctica y su epistemología a la terapia “psi”. Más aún, la mayoría de los conceptos que circulan en estos ámbitos responden a un modelo médico; de allí la terminología y la intencionalidad de sus prácticas y teorías. Pocos ejemplos hay de “escuelas” o “líneas” que hayan sido pensadas, creadas, por psicólogos; una de ellas es la de Carl Rogers, en la que es notable su cambio de lectura y su mirada, mucho más puesta en la salud que en la enfermedad e incluso hasta proponer que no es bueno nominar como pacientes a los que nos consultan, sino como consultantes que pueden devenir o no en ser pacientes si se les detecta alguna patología. Más aún, hasta hay autores que han incorporado fuertes debates sobre los modelos que “patologizan” los sentimientos y comportamientos humanos; autores como

Foucault, Tomas Szasz, Laing y Cooper, entre otros, y que son subestimados por la mayoría de mis colegas, en tanto no se pueden correr de una mirada de escucha y acción donde la intención es ver la enfermedad y procurar curarla en todo problema o situación de consulta.

Si logran pensar desde la visión quiasmática, quizás sus posiciones cambiarían; eso puede suceder, obviamente, si están dispuestos a revisar y deconstruir aquello desde donde se han formado y lo siguen sosteniendo.

Quizás implique cambiar su epistemología y a eso se les impone aquello que se llama resistencia al cambio.

Quizás haya que volver a esa idea de Freud que parafraseo, cuando dijo algo así como que un fantasma, un peligro, recorre el mundo y provoca resistencias, se refería al psicoanálisis por él creado, y era verdad en esas épocas.

Hoy pienso que otro “peligro” nos acecha, el poder pensar de un modo más holístico, más fenomenológico, no explicativo sino comprensivo, sin etiquetas provenientes de la psicopatología donde no corresponde ponerlas, y es allí donde se ubica la idea de quiasma.

Hablamos del azar como algo que nos irrumpe y a cada instante genera el siguiente instante. ¿De qué se trata esto? Veamos, el diccionario nos dice que deriva de azahar –dado para jugar- y derivó en: contingencia, casualidad, albur, fortuna, riesgo, eventualidad. En síntesis, y en lo que nos importa aquí, se trata de algo que acontece sin que uno lo busque, que se nos impone y produce algún tipo de cambio. En el diario vivir este acontecer sucede seguido, sin que uno busque: aparece y nos cambia. Por ello no podemos excluirlo de cualquier análisis que hagamos de nuestra vida y de la vida de los otros, mucho más de los que pretendemos comprender para ayudar. Todo quiasma tiene un alto porcentaje de azar.

De todas maneras, sin duda, el humano es un ser que elige; por ello, esa capacidad se pone en juego ante cada instante, por más azaroso que sea. Lo que importa de esto es saber que estamos también influidos por el azar y lo que hacemos con ello. Es posible que alguno de nosotros ponga en duda esto y diga que el azar no existe y que ese suceso que llamamos azar es determinado por Dios o por el destino. Sin embargo, aunque eso sea cierto, el hecho lo vivimos como impuesto y vemos qué hacemos con ello. Es desde esta

intelección que nos hace decir que el tema de la libertad y del libre albedrío está relativizado por los contextos en que vivimos y por el azar. No anula la idea de elegir y ser libre, pero no dudamos de que es relativo y depende de la circunstancia que vive cada persona, sea en su presente, en su pasado o en sus proyectos.

Vamos a la idea de causa. También es importante deconstruirla, por ello ya en otros textos diferencio la causa inmediata, la mediata y la acausa. La inmediata es aquella que se observa en el hecho concreto y no solo lo observa una persona sino varias que convalidan ese hecho. La mediata es aquella que no se observa, pero puede deducirse por los conceptos que se comparten en una determinada cultura. Por ejemplo: la ley de la gravedad si se cae un objeto. La acausa remite a lo quiasmático en tanto, como dije en la primera parte, lo que se observan son los efectos, no las causas; estas últimas se deducen y pretenden dar cuenta de lo sucedido a través de una explicación posterior al hecho, sea cual fuere este. Como toda explicación es deductiva, por lo tanto subjetiva, producto de una reflexión o de otra y por ende, variable e incierta. Vemos y vivimos efectos no causas, hechos que se nos imponen y de los cuales precisamos dar cuenta explicándolos.

La idea de quiasma es dejarse estar en los efectos, abandonarnos a ellos y detenernos cuando necesitemos hacerlo para volver a partir desde allí. Eso hacen los científicos serios, aquellos que se permiten no creer en lo que descubren, sino saber que se trata de algo transitorio en el devenir del conocer.

Cuando refiero al conocer debo decir que me refiero al hecho humano de hacerlo, los demás seres vivos también conocen; si no, morirían, conocen lo que necesitan conocer para sobrevivir.

Nosotros adquirimos un conocer conceptual, y de ello estoy hablando, de aquel que se funda en una experiencia sensible prerreflexiva de los hechos que se aparecen a los sentidos cuando somos niños y todavía no adquirimos el lenguaje, y desde allí, desde la palabra escuchada y remitida al objeto, la cosa, el ente, empezamos a percibir, a dar significado verbal y simbólico, lo que denominamos *conocer conceptual*. Conocer lo que luego llamamos la realidad. Esta es una noción humana, los demás seres vivos no se la preguntan, viven en el medio que les tocó, si se adaptan y se dejan llevar por su esencia y se entran en el ecosistema, cumplen su ciclo vital, o mejor dicho transitan ese

ciclo en relación quiasmática –sin saberlo conceptualmente- en el lugar que la naturaleza -quién o qué sea ella es otra pregunta- les asignó. En cambio, nosotros, con la adquisición del lenguaje, de la palabra que designa y que nos enseñan los que nos preceden y nos educan/socializan, nos van indicando qué es lo real en el contexto que nos tocó nacer. Esto, lo real, la realidad que se constituye con esos entes que llamamos reales, es una coconstrucción sociocultural que deviene desde que existe el ser humano como tal y que en lo epocal se va dando y nos impregna.

Es aquí que en otros textos que preceden a este, donde definí al Mí, al Yo y al Nosotros (ver *Manifiesto Humanístico*, por ejemplo). Siendo el Mí aquello que nos es propio, que se construye en y desde lo sensible antes del lenguaje, el Yo aquello que deviene luego de que el niño deja de referirse a sí mismo en tercera persona y dice Yo para autorreferirse, siendo el momento de la constitución de lo simbólico, y el Nosotros como confluencia de conciencias con la urdimbre humana, el otro que es un él como otro nosotros. Y, ¿cómo puede acontecer este saber, el de que hay un otro semejante?

Los biólogos dirían que es por el *imprinting*, aquello que cada especie viva posee para reconocer a su propia especie. Aquello que la consciencia organísmica – no la consciencia de sí mismo, que aparece a posteriori- detecta cómo ese otro cuerpo, esa otra carne, esa mirada, es confluyente con la mía. Luego, como dije, le pondremos nombre, diremos Mamá, Papá y todo lo que sigue. Aquí aparece la cultura a la que fuimos arrojados, al decir de M. Heidegger. Esta instancia nos lleva de la comprensión vivencial a la explicación conceptual.

Qué difícil se me hace -como dice una canción de Alejandro Lerner- explicar con palabras, porque me doy cuenta de que he hecho una división entre lo vivencial y lo conceptual, y parece una paradoja. Pero como de las paradojas solo se sale cambiando el nivel de razonamiento, digo que mi “explicación” es evolutiva. Habla de una evolución de lo humano, de la experiencia vivencial hacia lo conceptual, pero esto último no se separa de lo primero, el organismo integra y cuando estamos pensando conceptualmente estamos sintiendo la experiencia. Podríamos decir que conceptualizar es otro nivel de experimentar. El cuerpo como un todo va construyendo su urdimbre, crece se desarrolla y despliega su potencialidad humana organísmica. Esa

nueva entrama es el quiasma que se va armando con el correr del tiempo y que transitaremos hasta que nos vayamos de este mundo. Somos un cuerpo que fluye en relación con el mundo; por eso agrego: no somos un “ser en el mundo” como han dicho algunos filósofos, somos un “ser con el mundo”. Me gusta la idea de “somos un cuerpo mundano”.

Aquí vale otra reflexión: ¿tenemos naturaleza humana o somos condición humana?, y eso nos lleva a las ideas de pulsión de vida, conatus, tendencia actualizante. Veamos.

Las personas tenemos un cuerpo, como antes dijimos; ese cuerpo es nuestra biología mamífera, con sus características propias que nos igualan a todos los seres humanos del mundo y en toda época, salvo en los inicios de la especie, hoy los cuerpos humanos tienen el mismo modo de funcionar. De allí, los conceptos de pulsión y tendencia actualizante remiten a los aspectos biológicos de nuestra especie. Pero al socializarnos, culturalizarnos desde la vinculación con los semejantes a través del habla, del lenguaje, de la palabra y ser seres hablados, lo que se nos impone es la condición humana, no la naturaleza. Esta condición es sociológica, antropológica, epocal y psicológica, lo que hace que cada individuo sea quien es en relación con la urdimbre del contexto cuaternario que he mencionado. Biológico, social, psicológico, espiritual.

Por ello, debatir esencia y existencia es un dualismo que invalida la comprensión del otro y de nosotros mismos.

Nuevamente la idea de quiasma se sobrepone a ese debate, hay una esencia biológica ineludible que se percibe en las respuestas emocionales básicas y en las conductas de sobrevivencia; luego se interpone “la lengua”, el discurso/relato que vamos haciendo en relación y allí es donde coloco la idea de tendencia autoactualizante que integra y supera la actualizante.

Cuando hablo de vínculos que facilitan la expresión y liberación de lo potencial de cada uno, me refiero a la autoactualización de quienes somos siendo y estamos dificultados en ese camino.

Abrir la percepción es nuestra tarea, de allí la persona puede destrabarse y elegir más libremente, dentro de los límites lógicos de su estructura/personalidad y del contexto en el cual se despliega.

Estas reflexiones conceptuales nos llevan a observar la interacción de varias instancias que producen un efecto, de un cerebro que ha evolucionado y posee neocórtex, de la aparición de la palabra y del lenguaje como resultado de esa evolución, de la relación con un otro que ya estaba en el mundo y me lo presenta, y lo integro con lo que venía viviendo, de la posibilidad de hablar que genera el pensar con palabras que se suma al que ya poseía que era con imágenes y sonidos, del pasar de hablar de mí en tercera persona – los nenes se autorrefieren como si fueran otro, por ejemplo diciendo “nene quiere”- a hablar en primera persona –“yo quiero”-. Es así que desde el Yo se piensa mientras se habla y viceversa, de eso se trata razonar y cuando este razonamiento implica una explicación aparecen los juicios y las ideas. Juicios en el sentido de discriminar, de juzgar, de diferenciar, e ideas en el sentido de fijar un sentido que da cuenta con un concepto, que se nombra de alguna manera. Idea, abstracción, que surge de la interacción de todo lo dicho y que nos permite interactuar con el nosotros que nos tocó nosotrear. Con el socius en el que estamos insertos, al que fuimos arrojados y al que estamos compelidos a permanecer.

Quiasma que se va construyendo en el tiempo.

Tiempo, idea que tenemos los humanos, abstracción que emerge del saber que somos mortales y de la observación fenomenológica de que en el mundo hay un antes, un ahora y un después.

Un antes que remite a la historia, un ahora en el que siempre estamos, instante tras instante, y un después que, además de saberlo gracias a la imaginación, nos permite proyectarnos y pensar en un mañana posible.

Lo curioso es que solo vivimos el presente; lo otro es memoria resignificada de lo que pasó o imaginación posible del futuro en el presente que estamos siendo.

Hablamos de “tiempo” y es un “existenciario”, una creación conceptual humana de la cual dependemos cuando no deberíamos hacerlo -sería más sano-, pero es humano estar allí en el tiempo personal en el que estemos e interactuar con el otro nosotros; el tema es que seamos conscientes de no quedarnos atrapados por las significaciones que damos a nuestro pasado y no existir en continuas proyecciones imaginarias futuras, que nos dificulten estar aquí y ahora.

Curiosamente, cuando ayer estaba escribiendo esto, prendí la televisión, y vi una película francesa escrita y dirigida por Luc Besson, y debo decir que me impactó, que se llama *Lucy*, donde trabajan la actriz Scarlett Johansson y Morgan Freeman, entre otros excelentes actores. El tema es que ella – Lucy- es capturada e ingiere sin querer una droga que le produce una metamorfosis que la lleva a utilizar su cerebro en cada vez más altos porcentajes, y adquiere capacidades nunca vistas; la fundamental es manejar cada vez más la información que existe en el mundo. Se va haciendo cada vez más sabia y adquiere la capacidad de viajar en el espacio-tiempo, hasta llegar a los humanos más primitivos, los de nuestro origen evolutivo, y mucho más, llega a ver el Big Bang y allí se integra con el todo, su cuerpo se transforma confluyendo. Antes de eso, cuando está reunida con los más importantes científicos del mundo, les dice que todo reside en el tiempo, que somos tiempo. Es de ciencia ficción, excelente, y me pregunté por el concepto de “sincronicidad” de Carl Jung, yo estaba diletante con ese tema y la película habla de eso. Me reafirmé. Cuando Lucy amplía al 100% su capacidad cerebral y desarrolla su viaje hacia atrás, hacia el pasado, va viendo como todo está entramado con todo y que somos resultado de esa entrama, somos quiasma. De hecho, la tierra, nuestra tierra, nuestro mundo, surge de esa explosión, una piedra, un conjunto de materia con forma de huevo que se instala en lo que llamamos nuestra galaxia y que forma parte de todo el universo. Ese universo misterioso del cual emergimos y estamos constituidos con la materia que allí se generó.

Tiempo, somos tiempo, tiempo espacio y materia que se hizo orgánica. Y el Big Bang es un claro ejemplo del efecto que podemos hoy observar y que no dudo que nos inicia quiasmáticamente, y aquí estamos, siendo y haciendo pequeños big bangs en cada acto que realizamos en tanto producen efectos que abren nuevos caminos que elegimos o no seguir transitando.

Por ello y aunque no parezca fácil es desde donde tenemos que escucharnos y escuchar al otro nosotros, sea esta cualquier persona y mucho más si es nuestro consultante.

Tercera parte

Vamos a nuestro rol profesional.

Aquí me animo a decir que, como sabemos, nuestras profesiones – las de ayudar con la palabra- las originó a fines del siglo 19 Sigmund Freud; en realidad les puso concepto, definió lo que otros venían pensando y creó una disciplina, el Psicoanálisis. Aquí, reitero, me animo a decir que su principal descubrimiento fue la asociación libre, dejar que el por él llamado paciente, se deje llevar por lo que le aparece en su mente. Para mí esto es lo indiscutible, el resto son teorías, explicaciones que fue deduciendo y con las cuales podemos o no estar de acuerdo. Esa fue una idea quiasmática. Luego, si tenemos o no aspectos inconscientes, conscientes, yo, ello y superyó, Edipo, transferencia, pulsiones de vida y muerte, entre otros grandes aportes, son a mi juicio de menor importancia dado el tema que estoy transmitiendo.

Otro que a mí me cambió la vida profesional fue Carl Rogers, porque se sumó a lo de Freud y su asociación libre y nos enseñó a escuchar no directivamente, con empatía relacional y estar lo más incondicional, auténticos y congruentes posibles en el encuentro con el consultante. No olvido a otros autores también geniales, por ejemplo: Alfred Adler, Otto Rank, Sullivan, Erich Fromm, Karen Horney, entre otros, con sus aportes de lo social, de lo interpersonal, dando que uno no está solo con su interioridad sino que esta no existe si no hay contexto y otros.

Aquí introduzco a un epistemólogo clave para comprender lo de quiasma que fue Gregory Bateson son su Epistemología de la Mente Humana en el genial libro *Pasos hacia una ecología de la mente*, y en *Espíritu y naturaleza* no puedo dejar de citar a Kurt Goldstein que, basado en la Psicología de la Forma, la profundiza, la recrea y nos habla de lo organísmico, del cómo somos un todo en proceso. Un proceso en que ese todo no es la suma de las partes, sino su integración que deviene en otra cosa que esa suma.

Está claro para mí que quien soy profesionalmente es también un quiasma, entre mi genética, mi historia, mis estudios, Freud y Rogers principalmente, muchos otros autores que fui leyendo y estudiando, sean de la filosofía, de la literatura y de la psicología, el azar, las contingencias/sucesos/ acontecimientos, elegidas y no elegidas y un infinito número de efectos de los

cuales nunca sabré –ni me interesa saberlo- cuál es o cuáles son los más notables para ser quien soy y qué es lo que pienso.

Soy lo que soy, como dice la canción de Sandra Mihanovich.

Pero, adónde quiero ir.

A qué haremos cuando nos piden consulta, e iremos a las nociones de encuentro, asociación de ideas, descripción, escucha holística, integración de recursos y nuevamente a la idea de Dios, que permite comprender profundamente de qué se trata quiasma.

Desde allí me instalo en una escucha humanística existencial, fenomenológica existencial, no en el sentido de Edmund Husserl sino en la relectura y la de construcción que hizo Maurice Merleau-Ponty de las ideas de su maestro inspirador.

Un humanista que no considera al hombre como el eje, el centro del universo, lo que he denominado un humanista descentrado de lo humano, en tanto que para comprenderlo me salgo de mí mismo y de otro como individuo para centrarme en el nosotros.

Un nosotros que se va coconstruyendo en una relación, que si bien oye los relatos mundanos, pretende escuchar lo que acontece más allá de las causalidades e intervenir para facilitar la apertura perceptual hacia instancias que abran el juego de la mutua percepción que no directivamente acontece en el encuentro.

Aquí es bueno entrar en la lectura de Gadamer y Levinas; el primero con su profunda idea del “conversar” como el modo fenomenológico de adentrarse en el conocer y conocerse, y que profundizó el concepto de hermenéutica, desde donde expresa su famosa frase “El ser que puede ser comprendido es el lenguaje”, y el segundo con su posición frente al “nosotros” como el eje del saberse persona en relación.

Por ello, y retomando, si nos dejamos llevar por lo que se da, sin etiquetar con diagnósticos y pronósticos, el organismo se va liberando de sus trabas, que es por lo que se consulta, por sentirse trabado en algo.

Trabado en algo que produce malestar, síntomas, dolores del alma, tristeza, angustia, ansiedad, dificultad para decidir, carencia de libertad, problemas, conflictos que hacen sufrir a quien consulta y a otros implicados en su entorno.

No niego que existan estudios, descripciones y estadísticas que han llevado y llevan a muchos colegas a establecer tipologías, que se escriben manuales de los llamados “desórdenes mentales” que habitualmente se dan, a los cuales se les pone nombres y, desde esas descripciones, se actúa con metodologías “terapéuticas” que muchas veces incluyen medicaciones.

No niego que tienen algo de validez basada en la constancia de ciertos modos de comportarse que se observan.

No niego que las neurociencias están descubriendo cómo “funciona” el cerebro y que, desde esa validación, surgen posibles “remedios” que calman y que incluso hacen disminuir los síntomas molestos.

Más aún, no niego que algunas problemáticas invalidan y que algo hay que hacer para recuperar la validez.

Sí niego que solo nos instalemos en esa idea y que desde allí escuchemos quien nos consulta, viendo dónde podemos ubicarlo y desde allí intervenir.

Es obvio: si eso hacemos lo ubicaremos en algún espacio que tiene nombre y eso nos tranquilizará en nuestro accionar profesional.

No niego que a veces en situaciones límites eso puede valer, por ahora.

Sí pienso que cuando se sienta enfrente un ser humano, no lo escucho como a un enfermo ni como a un sano; no pienso ni lo escucho desde esas categorías creadas por colegas que siguen pensando en forma dualista.

Me entrego a la escucha holística, a la creación de un marco nosotros, oigo lo que me cuenta, las ideas que tiene y lo que siente acerca de lo que le pasa y que por ello me consulta.

Todos tienen una hipótesis de causa acerca de lo que los hace sufrir, salvo que esté tomado por alguna situación que anula su razonamiento, una enfermedad biológica o el consumo de alguna sustancia que impide una adecuada reflexión sobre sí mismo.

No creo en las enfermedades psíquicas, el alma no se enferma, elige con lo que le toca, con lo que tiene a mano, siempre es dueño de sí, salvo que algo se lo impida.

Si esto último acontece, la transdisciplina será útil para ayudarlo.

Soy de la idea de que existe una enfermedad única: la depresión.

Es la única que de verdad impide que la tendencia vital siga un camino de vida, de existencia hacia afuera y adelante.

Todo lo demás es debatible, por ahora.

Escucho e intervengo con todo lo que soy personal y profesionalmente, para ello he adquirido recursos múltiples que pongo a disposición del consultante, desde la palabra, lo imaginario, lo corporal.

No pretendo saber la causa de lo que al otro le pasa, sé que es una pretensión imposible, respeto a ese otro consultante si desea/quiere quedarse con alguna que le cierre y lo haga sentirse mejor. Sé que se miente, pero lo ayuda y eso vale.

Quien está conmigo no está en ningún libro.

Los libros que leo, estudio y profundizo día a día me son útiles cuando quien está conmigo no es conmigo, cuando lo pienso y no está frente a mí. Esos libros no hablan de esa persona sino de otras a las que les pasa algo parecido, pero que no son él. Me sirven igual, para ayudarme a seguir oyendo pero no para escuchar.

Mis intervenciones no surgen de esos libros, quizás sí los métodos, los recursos, y si bien han sido pensados antes de que esté conmigo y además los he adquirido estudiándolos profundamente, cuando se dan entre nosotros no son los mismos métodos y recursos, algo pasa allí que empieza de nuevo, en tanto se da en un encuentro que tiene la validez de ser único.

Esto es lo quiasmático, entregarse con lo que sabemos sin saber qué va a pasar, y sí sabiendo que lo que pase será para abrir la puerta del camino del ser.

¿Cuál será ese camino?

No lo debo saber de antemano; sí saber acompañarlo cuando se va dando.

Estamos en una paradoja profesional.

De la que solo se sale cambiando de nivel lógico, y esa es la propuesta que sostengo, la de efectuar efectos desde otro paradigma del que aún predomina, es cambiar de epistemología.

Pensemos:

Nos consulta una mujer que tiene problemas para formar pareja y nos cuenta que fue abusada en su adolescencia.

Nos consulta un hombre que fue abandonado por su padre cuando era chico y hoy tiene profundas dificultades en sus vínculos afectivos.

Nos consulta una persona a la que nunca le pusieron límites y hoy vive angustiada.

Nos consulta una mujer que es violentada por su pareja y su madre también lo era por su padre.

Nos consulta una persona que perdió a su pareja y se siente deprimida.

Nos consulta un joven que admira a su madre y a quien hoy ninguna mujer lo convence.

Nos consulta un hombre que cuenta que su madre le fue infiel a su padre y hoy no puede confiar en ninguna mujer.

Parece fácil encontrar una causa a lo que le pasa a cada una de estas personas; sin embargo, podemos decir que:

Muchas mujeres abusadas, si bien han quedado con alguna marca, hoy no tienen problemas de formar parejas.

Hay hombres abandonados por sus padres y hoy han creado una familia con los problemas normales de la vida.

Hay personas a las que nunca les pusieron límites que hoy viven normalmente y hasta son creativos gracias a eso.

Hay personas que han vivido situaciones de violencia familiar y hoy no están en esas situaciones.

Hay personas que pierden a su pareja y transitan un duelo normal.

Y podríamos seguir con los ejemplos citados y muchos más.

Por ello, no nos quedemos con la anécdota, el relato de una historia con el convencimiento de que esa determinada situación que aparece como figura sobre un fondo es la causa, veamos también el fondo, qué pasó antes del hecho y a posteriori.

No rotulemos ni nos compremos rápidamente un cierto convencimiento acerca de por qué a esa/e consultante le pasa lo que le pasa.

Es bueno dejarse llevar por el relato, oírlo, no comprarlo y darle espacio a la entrama y confiar en que algo va a suceder que abra el juego de una nueva mirada.

Por eso insisto en dejarnos llevar hacia otra epistemología, que no niega la anterior, sino que la incluye enriqueciéndola; algo así pasó con la teoría de

Einstein que no anuló la de Newton, sino que la incluyó en un nivel más bajo de comprensión.

Newton sigue sirviendo para construir un auto, arreglar un artefacto eléctrico, construir una casa, operar de apendicitis, transplantar un órgano, descubrir una vacuna, enviar una nave a la Luna y otra a Marte.

Einstein sirve para una comprensión más amplia de lo pequeño, de lo atómico y luego lo cuántico y la teoría del caos y la incertidumbre.

Mi concepto de quiasma aplicado a lo terapéutico no desestima la causalidad, la incluye y la supera, y en ciertas circunstancias opera también desde allí.

Digo que lo incluye porque no niega el cruce de instancias; hay algunas que tienen mayor “dimensión” para la persona, que se imponen como figura por sobre el fondo de los otros cruces, y que influyen más, pero eso no implica tomarlas como causas, sino escucharlas como entramas más influyentes en el quiasma vital de esa persona.

Es como la noción de no directividad que no implica no tener dirección. Esa es la dirección, la de no dirigir y acompañar el proceso, sin descuidar aspectos preventivos ante situaciones de riesgo que estadísticamente conocemos con sus posibles acciones para evitar sufrimientos o crisis graves.

Por ello, para animarnos a instalarnos en una escucha holística con el paradigma quiasmático tenemos que estudiar y profundizar mucho.

Es como un jugador de cualquier deporte, se entrena mucho para que sus acciones surjan espontáneas.

Y aquí vuelve Dios.

Cuarta parte

¿Podemos entregarnos al misterio?

¿Al no saber y desde allí, sabiendo mucho, abdicar de ese poder?

¿Y saber que solo así quien consulta podrá destrabar su vida?

Comprender que abdicar del poder no es entregárselo al otro, no implica dárselo o, como dijo Rogers, no sacárselo, quien no se dio cuenta de que cuando dijo esa frase seguía conservando el poder, el poder de no sacárselo al que lo consultaba.

Implica mucho más, implica compartirlo.

Para ello hay que creer en la idea de Dios, no en un sentido de alguna religión, o sí también, pero no es necesario.

Podemos ser ateo o agnóstico, pero instalarnos en la idea de lo que los humanos llamamos Dios como metáfora de algún principio.

Creer en Dios significa saber que nunca sabremos, que solo aquello que nos generó quizás lo sepa, o no si fue el azar, el caos, el Big Bang.

Creer que algo superior estuvo o está para que estemos aquí nos coloca en el verdadero lugar de humilde pertenencia.

Este algo superior nos ayuda a un *religare* con el todo, sea lo que fuere ese todo del cual somos efecto.

No es en vano que la humanidad creó la idea de Dios, de dioses en la antigüedad y también del hoy, de una energía que está más allá, en el misterio de quienes somos.

Elegí esta metáfora porque considero que es la más fuerte para entender la idea de quiasma.

La de una urdimbre que se ha autogenerado y ha generado lo que es y donde somos quienes somos.

Todo lo demás son efectos transitorios, situación tras situación, instante tras instante.

Lo que creemos que es de alguna manera ya cambió y sigue.

No solo nos bañamos en distintos ríos porque el río cambió sino porque nosotros cambiamos.

¿Hay algo que se sostiene en nosotros?

Sí, aquello que llamo mismidad, como una esencia que nos constituye y nos hace ser el mismo hoy, un misterio que produce nuestro cuerpo que nos hace saber que seguimos siendo mientras estamos vivos, aunque estemos cambiando.

Solo la idea de Dios no cambia, la idea que surge de la palabra día, luz.

Luz que emana lo que somos.

Pero es claro que en nuestra posición de terapeutas nos debe hacer saber que solo sabemos cómo generar un espacio de libertad experiencial desde el cual podemos pensar y sentir cómo ayudar a buscar un nuevo sentido y salir de aquel en el que estábamos.

Sobre esto escribí hace más de treinta años que un terapeuta debe ser como un liberador y facilitar la desobediencia a los constructos perceptuales que hoy dificultan el devenir existencial del consultante, y lo denominé metafóricamente que debemos estar y ser como una “serpiente prometeica”. Serpiente como el mito que te hace des-cubrir, prometeica porque permite rescatar tu “fuego” en la promesa de un mejor vivir.

Culmino, por ahora, abriendo el juego con otra idea: si solo vemos lo humano como tripartito – biológico, social y psicológico- como hace la mayoría de los psicólogos y psiquiatras, nos quedamos en el modelo médico, el de diagnosticar y curar, si agregamos lo espiritual, por lo tanto cuaternarios – biológicos-sociales-psicológicos y espirituales/trascendentes, nos entramos en un modelo de desarrollo y despliegue. Aquí entra la Filosofía, el modo de pensar lo humano que, junto con el Arte, nos puede facilitar adentrarnos en el nosotros y ser personas dialogales con el otro.

Es para seguir, y quizás lo haga.

El quiasma y el péndulo

A esta altura de la exposición de mis reflexiones pensé en buscar una imagen que pudiera dar cuenta de ellas al lector.

Me propuse encontrar una que se basara en alguna a la que todos pudieran acceder y, desde allí, entramarse visual y prácticamente con el ideario que venimos transitando; en esa búsqueda, “apareció” el péndulo.

Antes de ir a él, y considerando que no todo aquel que ahora está leyendo puede haber tenido acceso a mi libro anterior, decidí incorporar a modo de síntesis algunos conceptos del proceso que me llevó a plantear un paradigma quiasmático.

Cuando pensamos en profundidad multiplicamos nuestros modos de subjetivar, aquellos desde los cuales constituimos nuestro ideario, al margen de lo preestablecido por otros acerca de los saberes sobre los cuales nos atrevemos a reflexionar. Desde ese posicionamiento fui generando algunas ideas nodales:

- Las supuestas partes que se dice que conforman algo no son ni una oposición ni la suma de ellas, sino una unidad en proceso, en devenir; esta unidad es, de hecho, una integración transductiva, que da otra cosa que una suma. Dicho de otra manera, lo que se nomina como un todo es una unidad que no implica solo algo más que la suma de las partes, sino otra cosa. Una casa no es la suma, o algo más que la suma, de sus habitaciones, su cocina y sus baños; es otra cosa, es una casa en sí misma. Una persona no es solo algo más que la suma de su cuerpo, sus vínculos, su historia, su presente y sus proyectos; es una persona en sí misma que no podemos dividir en partes para entenderla y comprenderla. Es un Ser-en-sí.
- Su “Ser-en-sí” emerge de la consciencia perceptiva que somos en acción con, en y para el mundo, porque es consciencia de algo; por ello es perceptiva. Ya no es la consciencia de un sujeto abstracto sino de una consciencia encarnada en un cuerpo. Cuando se

percibe, la percepción genera unidad de lo privado del sujeto con su apertura al mundo.

- Al hablar del percibir –dar significado a lo que nuestros sentidos nos informan-, contactamos con el ser del otro, ese otro que somos nosotros, el mundo de las cosas y el natural. Es aquí donde el espacio vacío de lo invisible es aquel nexo quiasmático que nos permite no perdernos, anudando nuestro ser en una experiencia sensible que da cuenta de una identidad de pensamiento que somos, aunque nunca sepamos realmente quiénes somos en verdad. Para ser más claro, para darnos cuenta de aquello de lo que nos damos cuenta, nos damos cuenta de que hay algo que no vemos, ni sentimos, que hace ser aquello que vemos y sentimos. Ejemplo, cuando vemos dos cosas, y decimos que son dos, hay un espacio entre ellas que no vemos y hace hacer dos a aquello que estamos viendo.
- Cuando decimos que estamos en el aquí y ahora, en el instante que transitamos, hay lo no visto, aquello que el presente ensambla quiasmáticamente lo ya vivido con este hoy proyectado hacia lo imaginado mañana.
- Esto último es posible por una operación transductiva, que transforma los datos y hace la totalización coyuntural que percibimos.
- En nuestro suceder, esta operatividad del organismo es la que permite el proceso de individuación que vamos siendo; al ir transitándolo pasamos por estados de inestabilidad imprescindibles para lograr cierto nivel de metaestabilidad/equilibrio, que vuelve a desarmarse hasta otro estadio y así sucesivamente. Esta operación la entiendo como el proceso entero de individuación, concepto que Gilbert Simondon desarrolla muy bien en su libro *La individuación* -ver bibliografía-. Allí explica muy claramente a la metaestabilidad como una propiedad de un sistema con múltiples estados de equilibrio: el sistema se mantiene débilmente estable por un largo tiempo, hasta que bajo una influencia externa se vuelve a un estado fuertemente estable, más equilibrado.

- Pensar desde una perspectiva perceptivista facilita comprender que cuando damos significado a lo que damos significado hacemos una síntesis, un nexo inacabado, que supera la oposición entre realismo y subjetivismo, entre objetivismo versus impresionismo. Ya que lo que se percibe no es algo puramente objetivo y acabado que solo es espejado, ni tampoco es algo que solo está adentro, algo autorreferencial. Lo que se percibe no es desde afuera ni desde adentro, ES. Un aparecer que Es.
- Si esto lo llevamos a una tarea profesional del mundo “psi”, esta posición implica tratar de captar a la persona que nos consulta en su totalidad como algo que se vive, que se percibe en múltiples facetas, que produce sentimientos, que se relaciona con vivencias del pasado, con respecto al cual se anticipan otras vivencias, se espera, teme o desea algo. Permite tomar contacto con la imagen fenoménica que la persona tiene de sí en relación con los otros y con el mundo, y es el lugar donde está centrado el proceso terapéutico y es también el del consultor, ya que es desde donde lo escucha y le responde.
- Estar centrado en el proceso es el eje de lo quiasmático, tarea de escuchar que planteo como el profesional que soy; esta idea es ecológica, transductiva, perceptivista.
- Para y desde ello es que cuestiono y debato varios conceptos, que tienen su origen en el dualismo, tales como el de monismo-dualismo y también existencia-esencia, natura-nurtura, biológico-psicológico, espiritual- materialista, bien-mal, yin-yang, hombre-mujer, vida-muerte, día-noche, causa-efecto, calor-frio, alegría-tristeza, salud-enfermedad, yo-tú, nada-todo, en sí y para sí, religiosos y ateos, entre muchos dualismos que el ser humano viene construyendo para intentar entenderse y necesitar tomar una posición. En estos últimos años se puso de moda la palabra “trans”, para dar cuenta del intento de enriquecer dualidades; quizás es la que más se acerque a la noción que vengo “transmitiendo”.

- De aquí saber qué significa “transducción” y por qué es importante en el ideario quiasmático. Así como qué implica el concepto de mismidad. Porque la yoicidad es una falla en el sistema, sin embargo, es necesaria para ser personas con otros. De qué nos aleja y a qué nos acerca. Cuáles son las cuatro vivencias organísmicas con las que nacemos y que enlazamos quiasmáticamente. Cómo se vinculan con las armonías o desarmonías existenciales -salud y enfermedad-. Qué implica instalarse en la descripción. Qué sugiere la idea de trabajar con los efectos y no con las causas. Por qué hablamos de telar, entrama, urdimbre y planteamos que no consideramos el concepto de profundo y debatimos la idea de el/lo inconsciente. Qué implica estar en el instante.

Y, ahora sí es cuando he pensado la noción de péndulo como una metáfora que facilitará una mejor comprensión del suceder humano.

2. El péndulo

Imagine un péndulo simple –tan estudiado desde Galileo Galilei en la Física-: es un sistema físico que está configurado por una masa, por lo general una esfera pesada, suspendida y fijada, desde un punto superior, por un hilo o una varilla. De esa manera, si es impulsada mecánicamente oscila de un lado al otro hasta que lentamente se va deteniendo por efectos vinculados a la gravitación.

Supongamos que lo sostiene la idea de quiasma y se pone en marcha. Lo estamos viendo de frente; a la derecha ponemos un concepto, por ejemplo, el de causa, y a la izquierda el de efecto. Impulsamos la esfera hacia uno de los lados, y va y viene de causa a efecto, y lentamente se va deteniendo; en un instante queda quieta en el medio. Ese es el instante quiasmático. Puede haber acontecido, o no, que en el oscilar se levante una brisa o un viento que influye y, dependiendo de esa fuerza, acelerara más hacia un lado u otro, hasta que se detiene. Cada instante lleva en sí situaciones o sucesos que durante el oscilar tuvieron mayor o menor influencia. También podríamos haber

intervenido parando ese oscilar en un lado u otro; eso haría, por ejemplo, que observáramos en ese instante que fijamos, que no dejamos libre, que está más cerca de uno u otro extremo, y diríamos, por ejemplo, qué si está más cerca de la causa, somos causados, o más cerca del efecto, somos más efectos que causas, y que la causa no importa. Esa lectura la impusimos porque no dejamos que se equilibrara sola, y eso es lo que casi siempre hacemos, y de allí surgen las teorías que excluyen. Demos otro ejemplo, el de esencia y existencia, los esencialistas detienen ese oscilar de su lado y los existencialistas del suyo, y como lecho de Procusto, escriben sus teorías. Voy a otro dualismo clásico, el de mente y cuerpo. Hagamos ese ejercicio con cualquier dualismo y veremos cómo necesitamos detener el oscilar porque no toleramos la incertidumbre, la duda, y de allí construimos un relato que nos tranquiliza.

Y si queremos volver a intranquilizarnos, podemos profundizar algo más si pensamos desde otros tipos de péndulos, por ejemplo el compuesto, que es un péndulo puesto debajo de la masa del simple, que entonces se mueve de manera independiente del simple; eso me hace pensar que el simple es el que explica la tendencia actualizante, y el que está debajo la autoactualizante, es decir la humana que, si bien depende del de arriba en algún sentido, toma el propio de acuerdo con las influencias que recibe en sí mismo. O más aún, el péndulo de Léon Foucault que oscila mucho más libremente dado su formato, puesto que es un péndulo que circula en redondo y abre el juego a múltiples sentidos. Te invito a explorarlos.

Cuesta mucho comprender la vida pendulante que vivimos y por eso necesitamos autorrelatarnos y sentir que algo se instala; lo importante es saber que eso es una construcción de apariencia.

Sobre emociones y sentimientos

La idea de esta nueva reflexión se sustenta en seguir observando nuestro medio, donde se sigue hablando de lo emocional, confundiéndolo con lo sentimental. Deseo ampliarla hacia otros vértices para seguir expresando lo que estoy planteando.

El ser humano no es emocional, es sentimental.

Si bien las emociones son un aspecto de su expresión organísmica, responden a la irrupción “límbica” de una vivencia primaria, común a todo mamífero. Por ser humano, esa irrupción es inmediatamente decodificada, significada, simbolizada y se constituye en un sentimiento.

Lo propiamente humano es sentimental, no emocional; por eso digo que el ser humano NO ES EMOCIONAL, no es su modo de ser en el mundo.

Eso no implica no tomar en cuenta las emociones, pero nuestra tarea es intervenir en los sentimientos, dejar fluir la emoción para allí terapéuticamente facilitar su significado en esa persona.

Para dar un ejemplo claro: la ira es una emoción que emerge de una situación sumamente frustrante, trágica; eso es una emoción. En cambio, el enojo, el odio, son sentimientos pues ya hay una elaboración cognitiva, una simbolización, una significación.

Si solo hacemos figura en la emoción facilitamos catarsis, que ayudan a “descargar” pero no a resolver.

De hecho, ya Sigmund Freud descartó la catarsis como valedera para un proceso terapéutico y, en sus intervenciones, Carl Rogers nos habló de *feelings* no de *emotions*; más aún, con el *felt sense*, Eugene Gendlin hace un planteo similar al tomar lo sentido en el cuerpo y llevarlo a la consciencia, a un darse cuenta, dirían los gestálticos.

Si lo analizamos desde la idea de quiasma, podemos pensar que todo aquello que acontece en una persona y es percibido, ya es sentimiento, en tanto es un cruce de la total constitución que somos y que desde allí significamos.

Pensar desde lo quiasmático es esencial para mí, porque nos libera de dualismo, de monismos, de esencialismos, de existencialismos, de pragmatismos, de experiencialismos, de blancos o negros.

De hecho, y como metáfora, entre el blanco y el negro, no están solo los grises, están todos los colores, y cuando vemos un solo color es porque estamos quiasmáticamente integrando todos los demás que lo constituyen.

Quiasma es eso: una integración en un instante percibido como algo que se le pone nombre o es vivencia, pero ese algo no es solo ese algo sino el cruce de innumerables algos que hacen que ese sea percibido como un algo.

No hablo de multicausalidad sino de entrama; lo aclaro para evitar errores de paradigma.

Quiasma no implica causas y efectos, es acausal, como el tiempo, no estamos solo en el presente, o en el pasado o en el futuro; eso es una división del lenguaje, vivimos el todo al mismo tiempo.

No hay un aquí y ahora; siempre estamos en la totalidad de la temporalidad. Como metáfora me es útil pensar en una reunión con múltiples participantes, donde cada uno aporta lo suyo.

Lo que aparece es la instancia de una necesidad de lectura humana para ubicarnos y no volvernos locos, pero sepamos que fluimos todo el tiempo, como el universo en el que somos y estamos.

Esto es clave para la escucha activa que proponemos, nos libera de buscar causas, saber que trabajamos con lo que aparece y nos exige un alto grado de profesionalismo, de ética, para no juzgar, pero sí para valorar lo que quien nos consulta valora como su búsqueda.

Sabremos que nunca sabremos la verdad de lo que somos y de lo que nos pasa, solo aproximaciones, y que estas deben estar en congruencia para que la persona fluya en el bienestar y supere su mal estar.

Sepamos que somos seres perceptuales, que esa es una de las características que nos distinguen de otras especies vivas.

Las emociones son un aspecto que no hacen ser quienes somos; lo son nuestros sentimientos, aquellos que fluyen en las vivencias y los razonamientos que nuestro cerebro decodifica e integra.

Si somos afines al ECP, o al EHCP, hablemos de los sentimientos como el eje de nuestras intervenciones y no de las emociones.

Sobre quiasma y lo organísmico

Ahora me propongo resignificar el concepto de “organísmico”, planteado desde las investigaciones del neurólogo Kurt Goldstein y retomado por Carl Rogers.

Goldstein pretendió superar la dicotomía cuerpo/psique y, desde su especialidad, sostuvo que el cerebro funciona integradamente/holísticamente y el resto del soma/cuerpo está subsumido como un todo en ese funcionar.

Rogers lo integró a su modelo y desde allí le dio sustento a su teoría de la personalidad, al funcionamiento óptimo -metáfora sobre el concepto de salud mental- y al modo de intervención terapéutica.

Esto último se vincula también a las ideas sobre la tendencia actualizante y el *experiencing* -idea que le sugirió Eugene Gendlin.

Si facilitamos el contacto con la experiencia de nuestros consultantes, para que desde allí puedan des-cubrir sus potencialidades y, libres de amenazas, dejar que la pulsión de vida/conatus fluya sin contratiempos, estamos en el camino del ECP.

Se parte de la confianza en el organismo, siendo lo organísmico liberado lo que brinda esa posibilidad a cada persona de ser ella misma.

Así adoptamos una concepción integrativa y recursiva; sin embargo, creo necesario ampliarla y darle un nuevo contexto.

Los humanos somos en el Universo que nos contiene y cabemos en él porque somos él. Por ello planteo que es “organísmico”, no solo lo vivo sino también aquello que decimos que no es o está vivo.

¿Acaso no sabemos que el Universo está vivo?, en permanente estado transductivo, en emergencia de instantes tras instantes, en entropía y sintropía y viceversa. Sabemos que la entropía y la negentropía son comunes al todo, con sus variables de textura y contexto. Más aún, podemos dejar de pensarlo así y verlo como algo que transita y que en ese transitar hay coconstrucción. ¿Por qué pensar que hay algo malo en lo que llamamos “deterioro” si es necesario para seguir transitando? ¿Por qué pensarlo como deterioro?

Son las reglas de la naturaleza, de todo lo que es y existe.

Y, ¿en qué cambia esta manera de mirar el concepto en cuestión?: en que podemos vernos en esa entrama y debemos hacernos responsables de ella.

Es para mí clave poder repensarlo así para evitar cierta dejadez o liviandad que a veces observo en la idea de liberar de amenazas y que el organismo decida y que casi siempre decide por el bien; sabemos que no es así.

Y no es así por la incidencia de la noción de yo-mismo que poseemos como parte de nuestra constitución/contextura y de los contextos en que nos desarrollamos.

Muchas veces me he preguntado que si somos cuaternarios -biosocio-psicoespiritual-, ¿dónde está lo espiritual en las decisiones que tomamos como seres humanos?

Romper lo natural es rompernos nosotros y lo hacemos. Por ejemplo, matar/asesinar a un ser vivo es matarnos nosotros y lo hacemos; no me refiero al hecho de matar para comer que forma parte de nuestro modo de ser orgánicos, sino la destructividad por sí misma, con un fin que se supone superior –religioso, geopolítico, económico, etcétera-.

¿Quizás esas también sean las reglas que debemos aceptar?

Lo humano que ha sumado lo espiritual parece decir que no, que nuestra función es otra.

Si pensamos lo organísmico integrando la urdimbre quiasmática del todo quizás podamos avanzar.

Y si eso lo llevamos a nuestra tarea como terapeutas/counselors, podemos sumarlo a la idea de que es estar “sano” o en funcionamiento óptimo/pleno.

Sabemos que la idea de quiasma pretende superar dicotomías y, aún más, trascender la idea de integración, que en su concepción incluye una pequeña trampa: se juntan, pero no se entraman, y lo quiasmático es entramar.

Por ejemplo, se supone que debemos trabajar en el aquí y ahora y que el pasado se resignifica en el presente y lo mismo acontece cuando nos proyectamos hacia adelante, hacia el imaginario futuro.

Sin embargo, desde la reflexión que hice sobre “el instante”, espero haber aclarado que no hay tal división en el fluir de nuestra experiencia organísmica.

Somos los tres tiempos al mismo tiempo; todo está allí en ese instante, de la división que hacemos es responsable el lenguaje, que necesita decir “antes, ahora, mañana” y está bien que sea así en el diario vivir. Pero no es así en el organismo, en el Universo, en una roca, en una planta.

Siempre es allí, no en el aquí y ahora, ni atrás, ni adelante. Cuando recordamos lo hacemos en los tres tiempos; cuando nos ponemos aquí y ahora fluyen los tres tiempos; cuando nos proyectamos están los tres tiempos.

Quizás eso le hizo decir a un filósofo que todos sabemos qué es el tiempo, pero no podemos explicarlo. Solo podemos vivirlo.

Y, ¿cómo lo relaciono con lo organísmico?, desde la idea de que todo transita junto, lo que deteriora es lo mismo que lo que enriquece, depende desde qué lado lo miremos.

Eso ocurre en nosotros y en el todo universal.

Cuando estamos asistiendo eso sucede y debemos saberlo.

Principios de materialismo quiasmático. Acerca del Big Bang y del Big Crunch

3. *Aclaración preliminar*

Un lector perspicaz quizás haya notado una mirada materialista en mi posición, y si lo hizo, acertó.

Por ello necesito aclarar algunos conceptos y terminar de fijar este posicionamiento.

Ser materialista es muchas veces mirado como algo negativo, confundiendo a la persona “materialista” con un pensar desde el Materialismo.

En el primer caso estaríamos ante alguien que le da exceso valor a lo material, por ejemplo, el dinero y las posesiones.

En el segundo caso estamos ante una posición filosófica, epistemológica y científica.

En este caso nos encontramos con un Materialismo clásico, el de Demócrito, por ejemplo, otro Dialectico e Histórico el de Carlos Marx, y el Ontológico de Michel Onfray y ahora a este que postulo por primera vez lo nomino Materialismo Quiasmático.

Los cuatro tienen algo en común, consideran que la materia es lo primario, es lo que hace ser a todo lo que es, incluso, por ejemplo, aquello que llamamos conciencia humana, que es el resultado de un cambio cualitativo de la materia, producto de la evolución.

Más aún, aquello que llamamos “espíritu” o “alma” son resultado de vivencias, emociones, sentimientos, emergentes del cuerpo que portamos desde que nacemos, y que traducimos como conceptos, es decir le ponemos nombre y le damos entidad de ser. Nuestro cuerpo es material y todo lo que surge de él deviene del tipo de materia viva que nos compone.

Hay variadas ideas y formatos de considerar el término en juego, están los fisicalistas por ejemplo, y variadas formas de materialismo; no es la idea aquí debatirlos sino explicar mi posición. Esta no implica, como dije, negar ni aceptar la existencia de un Dios; creer o no creer que este haya sido el

generador del Universo y de quienes somos, no anula la idea filosófica del materialismo tal cual lo entiendo. El tema es que somos seres materiales y como tales nacemos vivimos y morimos, como dice el dicho “del polvo venimos y al polvo vamos”, y somos producto del “polvo” cósmico y de su evolución transductiva.

4. Materialismo quiasmático

El cosmos es una compleja red quiasmática -si es finita o infinita por ahora no lo sabemos-, nuestro Universo está, es, un punto de cruce en esa red, nuestro mundo, está y es como otro punto de cruce, un bucle más en ese contexto, la vida que somos lo comparte y en ella la especie humana, y cada uno de nosotros, materia cósmica, que se constituye como somos en el quiasma que vamos siendo.

Para entender esta idea lo importante es comprender que, filosóficamente, el concepto de materialismo implica que hay algo que unifica, que integra, una sustancia –diría Spinoza-, que es la base de todo lo que es y somos, y que se sostiene desde el principio de los principios, en este caso: la materia.

Es, por lo tanto, un modelo integrativo, y como tal reniega de todo dualismo, sea el que fuere, filosófico, científico, religioso.

Vale decir aquí qué en mi disciplina, la Psicología, he sido claro en esa posición, en tanto se ha basado en el pensamiento de Carl Rogers, que he pretendido enriquecer, sin dejar de lado sus ejes esenciales, que son comunes al ideario humanístico y que, en su caso, sostiene la idea que denomina Tendencia al Crecimiento/Actualizante, una “fuerza” motivacional propia de lo vivo, una sola pulsión, no dos, y que su despliegue posibilita el desarrollo positivo de la especie de que se trate. En los humanos, esta “energía vital” es atravesada por la noción de yo-mismo, que regula su expresión, conteniendo la socialización y el aprendizaje, que “filtran” las sensaciones corporales, emociones mamíferas y, debido a la transducción, propia de ese filtrado en conductas y comportamientos, co-construyendo la persona que somos en acciones concretas. Por ello, lo actualizante, propia de todo lo vivo, es autoactualizante en nosotros, los humanos. Esto determina la aparición

evolutiva de la percepción; desde ella simbolizamos y significamos la experiencia que vivimos. Por ello se me considera un “perceptivista”.

Dijimos que el concepto de quiasma implica la idea de entrama, de urdimbre, de todo aquello que nos fue constituyendo, que incluye y trasciende el concepto de causalidad y le da más entidad a la idea de efecto que promueve efectos, no como causas sino como puntos de integración de unos con los otros.

Cada suceder concreto expresa el todo que somos siendo, si bien es verdad que, para poder comprender cada suceso, necesitamos tener la idea de que eso que pasa es causado por algo que pasó anteriormente; este “anterior”, muchas veces visible, no debe ser un árbol que nos tapa el bosque en el que estamos desde que venimos estando.

Llevando esta idea a la sociedad/cultura en que estamos instalados en cada actualidad histórica, al universo que nos contiene, allí también podemos visualizar esta idea de quiasma, y en tanto devenimos – lo que hasta ahora se sabe- de lo que los físicos descubrieron y nominaron como Big Bang, en donde la materia fusionada produjo una gran explosión que diseminó distintos materiales que, en el correr de millones y billones de años, tomaron distintos formatos –momentos quiasmáticos- haciendo estrellas, planetas, agujeros negros. Para la ciencia esto es el comienzo de nuestro universo.

Materia que fluye por el espacio, materia que hizo nuestro Sol, nuestra Tierra, nuestra Agua, nuestros continentes, los primeros seres vivos hasta nosotros, por ahora: los humanos.

La Física, con lo que hasta ahora sabe, nos da una orientación, nos marca una manera de pensar de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos; esto último no en un sentido teleológico, sino en un destino de *big crunch*, dentro de billones de años, lo cual se supone como un final del universo tal como lo conocemos. Por otra parte, la teoría de la evolución en la idea de Piotr Kropotkin, que afirma que existimos por la sobrevivencia de los que lograron subsistir por la ayuda mutua.

Si trasladamos esta “lectura” al comportamiento de las partículas, las ondas, la gravedad, los neutrones, protones, neutrinos, los agujeros negros, también podemos observar ciertas “leyes” de la materia que han posibilitado este entramado quiasmático en el que estamos insertos.

Leyes que no interesa elaborar aquí si las determinó aquel que llamamos Dios, o si se dio por azar, o por cierto designio de cómo funciona la materia no viva, que confluye construyendo lo que llamamos vida, y allí una forma humana que tiene la cualidad ante el misterio y el asombro, hacerse preguntas que se constituyen y buscan soluciones en la filosofía, las religiones, las artes, las ciencias y todo lo que desplegamos existiendo.

De lo que sí estoy convencido es que los “puntos de unión” que han hecho que lo que es sea lo que es, es la confluencia entramada de variables que denomino quiasma.

Una estrella resulta de esas uniones; nosotros también.

Es aquí donde, con respecto al concepto de causa y de efecto, si considero que hay una causalidad originaria la que generó todo esto, si es el Big Bang o si es Dios, no me cambia la idea de que todo lo demás es efecto de esa causa y, una vez “comenzado el partido” del Universo, y luego de lo vivo, sostengo que es parcial hablar de causalidad lineal, o dialéctica.

Parcial porque son lecturas parciales, incompletas, necesarias para comunicarnos y comprender los sucesos o acontecimientos, pero incompletas filosófica y epistemológicamente hablando.

Quiasma como concepto no discute que hay momentos lineales, otros dialécticos, no discute la idea de Demócrito, ni de Anaximandro, ni de Parménides, ni de Heráclito, Sócrates, ni de Aristóteles, ni de Kant ni de Hegel, ni de Marx, ni de Nietzsche y de todos los filósofos y pensadores acerca de lo humano, en tanto son posturas parciales de lectura, válida cada una de ellas en sí misma pero que, a mi entender, no dan cuenta de cómo estamos siendo una urdimbre que tuvo, quizás, un inicio, y hoy es una continuidad de efectos sobre efectos. En esa entrama donde también está el azar.

Materia que fluye, se transforma y deviene.

Me preguntarán, entre muchos otros interrogantes: ¿y la consciencia?, ¿y la razón?, ¿y la noción de sí mismo?, ¿y lo espiritual?, ¿y las emociones y los sentimientos?, ¿y el Alma, y la Fe?: ¿acaso son materia?

No, no lo son en sí mismos; primero, son conceptos humanos acerca de lo que sentimos y nos pasa, y segundo, como tales, lo que sentimos y nos pasa y los conceptos con los cuales los explicamos, surgen de un cuerpo, que es materia, que dada su índole hace que aparezcan esas condiciones de lo

humano; por lo tanto, en cierto sentido son “materiales”. Como he dicho alguna vez son materia “suave”, “ligera”, que emerge de materia viva -blanda- que, a su vez, ha surgido de materia dura.

Es por ello que en esta perspectiva no creo viable la actual división que hay entre ciencias en el sentido de su “sustancia”; lo que cambia es el modo de mirar y lo que mira cada disciplina.

Pero si solo mira esa parte -quizás todavía no hay otra manera porque aún no se ha encontrado una teoría que unifique- descuida el todo que confluye en cada una de ellas. Quiasma como concepto posee esa intención.

En lo que respecta a mi disciplina implica la idea de un pensarnos como alteridad, como un nosotros, y no como individuos; primero porque no somos indivisos, segundo porque hay que alejarse de una idea que nos somete hace milenios, la de los unos y los otros, y nos aleja porque siempre ha convenido a quienes tienen el poder.

Es desde allí que hace unos años publiqué un texto que denominé “Manifiesto humanístico” donde generé el verbo “Nosotrear”.

En ese camino estoy repensando, en mi disciplina, para alejarnos de nociones deterministas y causales que han entorpecido un desarrollo más centrado en el nosotros que en el yo tú.

Esto me llevó a pensar que también deberíamos integrarnos con lo transdisciplinario y esta noción puede ayudar. Esto hicieron nuestros antepasados milenarios, los primeros *homo sapiens sapiens*, cuando se “dieron cuenta” de que se estaban pensando a sí mismos. De sus repuestas y acciones han quedado huellas que los antropólogos y los arqueólogos siguen descubriendo. Huellas que se observan en utensilios, pinturas rupestres, instrumentos para cazar, pescar y hacer música. Huellas que siglos después devienen en la Filosofía, religiones, Psicología, Sociología, Antropología, Medicina, Ingeniería, Arquitectura, tecnologías diversas y, obviamente, las distintas artes. Ellos fueron relacionándose entre ellos mismos en agrupaciones, tribus; generaron sus idiomas, sus culturas, sus formas de subsistir, sus políticas de intercambio, comercio, leyes, entre muchas de las formas en que hoy nos vinculamos y lo que hacemos para estar vivos. El Cosmos, el Universo, Dios mediante o no, fueron causa primaria, hoy como he

dicho reiteradamente somos efectos que se entraman con efectos, a veces los denominamos como causas para poder entendernos, pero no lo son.

También, como he dicho, existimos en cada instante que deviene en el que sigue, todo intervencido en un Todo del que somos todo en ese Todo. Materia natural con sus leyes, sus formatos, sus bucles, sus puntos de fuga, sus rizomas, como queramos denominarlos, pero que sin duda son cruces que en una instancia se hacen lo que son siendo una individuación constante.

Todo es materia que se va individuando, que fluye, no sabemos hacia dónde, eso todavía es un misterio, ante el cual elaboramos hipótesis para tranquilizarnos, y está bien; si no, nos sería muy difícil vivir. Somos quiasmas como el todo que lo es y ante ello, si podemos, asumimos una responsabilidad ante el otro nosotros, ese no son solo los humanos, sino la naturaleza en la cual estamos siendo lo que somos. Asumirla es necesario si queremos que, por ahora nuestra casa, la que llamamos nuestro mundo, la Tierra, no se derrumbe. De eso escribí en mi libro *Manifiesto Humanístico* -ver bibliografía- al cual delego su lectura a quien ahora me está leyendo. De esto se trata ser un *materialista quiasmático*, de comprender que somos materia entramada, y qué por nuestra constitución de poder pensarnos, y simbolizar lo que sentimos, debemos ser responsables de no oxidar, quebrar, corromper el ecosistema. Para ello debemos darnos permiso para ser ambiguos, dudosos, y darnos tiempo -¿qué será el tiempo?- antes de accionar para ser cuidadosos y no entrar en el juego de los dogmas que anulan la posibilidad de seguir siendo, en tanto frenan, impiden, traban la transductividad, que en escritos de este texto expliqué y que es la forma, el modo en que lo vivo, se autosostiene, se autogenera. Cada uno de nosotros en el lugar del espacio vital en el que estamos.

Elogio de la ambigüedad y de la duda

Después de la edición del libro que titulé *Quiasma* fuimos transitando variadas reflexiones “espontáneas”.

Quizás abrumé a quien me leyó y me lee con el uso de ese término; en cada escrito decidí vincularlo con el tema que iba surgiendo y, además, tuve la intención de insistir en él, para “penetrar” en la mente de mi interlocutor con esta idea, que pretende trasladarse a cualquier reflexión, pensamiento, investigación, como un paradigma desde el cual repensar lo que estamos tramitando como idea, concepto, teoría y prácticas. He escrito desde mi disciplina, dado que es donde tengo mayor experiencia -más de cincuenta años-; y espero que otros autores puedan trasladarlo a la suya.

Aquí, y ya como cierre, considero que debemos rever y deconstruir dos palabras que implican ideas a las que suele juzgárselas como negativas; me refiero a las palabras AMBIGÜEDAD y DUDA.

Nos han convencido de la importancia de ser asertivos, de ser directos, no dudar, “ir para adelante”, buscar tu sentido de vida con valor, eficacia y seguridad.

Se han “olvidado”, y lo pongo entre comillas porque no soy ingenuo, que ser siempre asertivo, directo, eficaz, verdadero, contradice lo propiamente humano: la duda, la angustia existencial, la inseguridad ante el misterio de nuestra vida en sí misma.

Pensar de esa manera nos aleja de nosotros mismos, incluso en el campo “psi” se ha trasladado a los criterios de salud y enfermedad.

De hecho, aquellos que sufren angustia, inseguridad, miedo, tristeza, consultan por ello –y está bien que lo hagan si sufren- y en muchos casos son tratados como enfermos; pasan años en “terapias” con terapeutas que creen que esos sufrimientos implican algún trastorno que hay que curar. Más aún, en muchos casos se los medica de más, tapando ese sufrir y no dejando que se exprese como parte de una sabiduría del organismo que nos manda una señal de alarma de que algo hay que cambiar. Ese algo a veces puede ser un grave

trastorno que implique medicar; en la mayoría son emergentes “sanos” para darnos cuenta y desde allí transformarnos creativamente.

Si bien ya lo he dicho muchas veces, aquí lo repito: qué significa la palabra enfermedad, es un término de la medicina que remite a un órgano o a una serie de ellos que por alguna razón no cumple su función; es decir, no confirma en lo que hace para lo que está hecho y por ello infirma su función. Ahora, si bien eso puede ser válido para la medicina: ¿quién puede decir que alguna conducta, comportamiento, sentimiento, se está infirmando?

Sabemos que estos “sufrimientos” son contextuales, epocales, muy personales, y mientras no impliquen daños a sí mismo o a alguien más, son elecciones de cada organismo ante circunstancias que hay que delimitar antes de etiquetarlos con algún término devenido del modelo médico.

También se lo solicita cuando se toman empleados, cuando se los asciende en los ámbitos laborales.

Se les pide a los políticos, a los jueces y las personas que tienen roles directivos –valga el nombre al rol de coordinar equipos-.

El ser humano no es una planta ni un animal “puro”; es un animal “impuro”, su naturaleza lo hace preguntarse por sí mismo, y su naturaleza es en sí misma no natural, en el sentido de que un animal en general es asertivo, y si no lo es en alguna circunstancia hasta puede perder la vida.

No es nuestro caso.

Ser ambiguo y dubitativo es transitar la condición humana.

Es aceptar la angustia, el miedo, la incertidumbre, la inseguridad.

Ser ambiguo y dubitativo es darse permiso para hacerlo antes de decidir

Ser ambiguo y dubitativo es no creerse dueño de ninguna verdad y abrir el juego a la escucha del otro.

Esto nos integra al nosotros.

Nos da el permiso de dialogar con nosotros mismos y con el entorno.

Ser ambiguo y dubitativo nos aleja del positivismo y del nihilismo; es decir de cualquier extremo que nos lleva a ser de la manera que nos dicen que tenemos que ser.

Nos aleja de los dogmas en tanto nos permite dudar de ellos.

Cuando decidimos desde un inicio de una postura ambigua dubitativa hemos transitado un proceso y por ello decidimos mejor.

Decidimos mejor porque no dejamos que nos vendan ni compramos preestablecidos.

Más aún, cuando tomamos la decisión que sea lo hacemos luego de habernos explorado y permitido ser nosotros mismos.

Lo asertivo que de allí emerge ha sido “filtrado” por la noción de sí mismo y ha tomado en cuenta la mayor cantidad de elementos para actuar.

La ambigüedad y la duda nos facilitan la creatividad, pues nos activa la espontaneidad sin temor a ser juzgados o encasillados en algún concepto previo.

Los grandes creadores de filosofías, artes y ciencias, pudieron serlo porque se dieron ese permiso y se lanzaron a vivirlo en sus disciplinas y lo que surgió, surgió, sin ningún condicionamiento previo.

Aquí se me puede “acusar” de ser cartesiano -partidario de la posición del genio de René Descartes que postuló la duda como método-, y a eso les digo que no, y digo no porque él fue “dualista”, y yo soy quiasmático; además, no lo pienso como método sino como posición existencial.

Ante la realidad, el fenómeno, el ente, el hecho, el suceso, el acontecimiento, que se nos presenta ante nuestra percepción y ante el o la cual tenemos que decidir, la ambigüedad y la duda, implica leer, mirar, observar, experimentar y, como dije, transitarlo como proceso y luego, si es necesario, ver qué hacemos.

Esta posición agrega lo propio a lo que se nos da.

Es verdad que en ciertas circunstancias no tenemos tiempo de darnos ese permiso y debemos actuar rápidamente, casi en forma automática. Sin embargo, ese automatismo inevitable, ante un riesgo, una sorpresa, un tener que decidir “enseguida”, si está instalado en nosotros como tal, es decir como un automatismo de respuesta, y si ha pasado por previas decisiones que se permitieron la duda y la ambigüedad, están entramadas en nuestro organismo como emergentes de la posición que sostengo.

La dirección de la no directividad en las relaciones humanas, es condición del encuentro nosotros; para ello la ambigüedad y la duda en la escucha del otro y de nosotros mismos ante nosotros mismos, nos da la paciencia necesaria para no “imprimir” ese vínculo con creencias inflamadas de prejuicios.

Esto es la base de la noción de quiasma, dejar que la entrama fusione, fermente y de allí surja lo que tenga que surgir.

Ese efecto, que sea el que fuere, tendrá un nombre en el instante en que sea, efecto que es producido por otro efecto, y así hasta el fin de los tiempos, para atrás, aquí o adelante.

Quizás hubo una causa, alguna primera, algo que empezó todo, quizás no, quizás venimos del infinito y vamos hacia él, quizás nunca comenzó, o quizás, quizás fue Dios, o el Big Bang, quizás.

Esta es nuestra ambigüedad y duda de base, ese misterio.

Hoy no importa develarlo, no importa porque no importa, estamos aquí, entramados, soportando devenires, eligiendo a cada instante, dejándonos llevar por el pensar, el sentir, el azar o por alguna creencia, buscando o no algún sentido aquí o en el más allá.

Cada uno con su quiasma.

Necesidad de un relato verbal, la importancia del lenguaje

Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar.

Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer.

En el abarrotador mundo de Funes, no había sino detalles, casi inmediatos.

“Funes el memorioso”, Jorge Luis Borges, 1942

Un antiguo chiste dice que cuando le preguntan a un ciempiés si piensa cada vez que debe mover algunas de sus patas, y este responde que si tuviera que hacerlo quedaría paralizado.

Lo mismo nos pasaría a nosotros sí, en la vida cotidiana, estuviéramos planteándonos qué hacer en cada instante.

Si bien, tal como he descrito, vivimos, existimos, de instante en instante, y qué en cada uno de ellos, el que precede genera el que sigue y así sucesivamente, no podríamos estar decidiendo en función de ello.

Sin embargo, así acontece, cada instante es un quiasma que va integrándose.

Para ser sencillo, a cada pie que movemos, exprofeso, es decir pensando ese movimiento, o por automatismo, le sigue otro que condiciona todo lo que sigue en la vida.

Tenemos una idea, un proyecto, de salir a cenar con amigos, nos tocan el timbre de la casa -ya vamos, decimos- y encaramos el camino hacia la puerta y suena el teléfono, nos detenemos, lo atendemos y era equivocado, afuera a un auto que pasa se le revienta un neumático y choca el auto de nuestros amigos, terminamos en un sanatorio con uno de ellos herido.

Si hubiéramos salido enseguida, sin atender el teléfono, habríamos subido al auto, y podrían haber pasado dos cosas, que arrancáramos pronto, y ese auto que los chocó no lo hubiera hecho, o estaríamos dentro del auto y quizás también estuviéramos heridos en ese sanatorio.

No podemos saberlo, lo que sí sabemos es que esa llamada equivocada cambió las cosas que siguieron.

Así pasa todo el tiempo.

A cada instante, se manifiesta una situación, un suceso, una urdimbre y genera lo que es, sea lo que fuere.

Si nos quedáramos en esto, y reflexionáramos cada suceso, nos quedaríamos paralizados como el ciempiés, o como Funes el memorioso. Ahora veamos: sea por la evolución de la naturaleza, por el Big Bang, por azar, por destino, por Dios, o por todo junto –cada uno puede elegir el que considere válido y por ahora lo conforme-, nos constituimos como el Homo sapiens sapiens que somos, ello implica, que al poder pensarnos y lograr cierta noción de nosotros mismos, logramos resignificar la memoria -pasado-, imaginarnos en proyección -futuro-, viviendo en presente todo el tiempo. Eso es nuestro quiasma como especie.

Esta integración cuaternaria –biológica, sociológica, psicológica, espiritual – nos posibilita generarnos un relato que nos constituya y desde el cual creer saber quiénes somos, qué queremos y poder entramar el pasado, en el hoy e imaginar el mañana. Como todo relato, está constituido por el lenguaje, el que nos ha permitido comunicarnos de modo humano.

Ese relato es nuestra propia “novela”; nos novelamos, nos escribimos a nosotros mismos, y eso es lo que algunos autores llaman identidad, otros propium, modo de ser en el mundo, características de personalidad y de varias maneras más.

Ese “escrito” toma en cuenta lo vivido, lo que nuestras vísceras nos han marcado, lo que nos pasa hoy, lo que nos pasa con lo que nos pasa y desde allí lo que deseamos.

Si lo generalizamos, la historia es un relato, resignificado por el que la escribe sobre sucesos que acontecieron, las ciencias -sean de la naturaleza o de las personas- son relatos, que se van haciendo con lo que se va descubriendo. Algunos de ellos se convierten en paradigmas que se instalan y duran hasta que otro quiasma aparece y lo modifica.

Las políticas cursan el mismo camino.

La filosofía y las religiones lo son desde que existen como tales.

Las artes, la pintura, la escultura, la literatura en sus distintas expresiones -sobre todo la poesía- y otras, fundamentalmente aquellas que se llaman clásicas, sean de la antigüedad, de la modernidad o la posmodernidad, quizás sean la mayor muestra de lo quiasmático en tanto expresan, cada una de ellas sintetiza instantes que reflejan cruces entramados que dan cuenta epocalmente de quienes fuimos, somos y seguiremos siendo.

Todo es un quiasma entramado, que los seres humanos, ante el darnos cuenta de que somos finitos, necesitamos a modo de farmacología para enfrentar la angustia existencial.

Nos han dotado de esa doble posibilidad, del darnos cuenta de nuestra finitud y de hacer algo mientras tanto para existir de la mejor manera.

Los animales y las plantas viven el instante, con su memoria genética y con cierta memoria individual para evitar riesgos, y con una leve proyección para poder subsistir y procrearse, pero lo hacen, cada especie a su manera, en concordancia con su impronta biológica.

Nosotros también transitamos los instantes, con algunas improntas que nos impone nuestro organismo y reglas de la sociedad a la cual fuimos “arrojados”, que no elegimos y que necesitamos elegir para seguir medianamente adaptados a ella.

Esta “elección”, muy discutida por muchos filósofos, no lo es con la libertad que suponemos tener, porque cada época, cada cultura, cada pueblo o nación, el momento del mundo como un todo en la actualidad globalizada- no para todos, sin embargo-, regula ciertos formatos, desde los cuales se nos dice qué está bien o mal, qué es la “normalidad”, lo “sano” y lo “enfermo”, lo “legal o ilegal”; así se nos socializa y allí estamos. Vivir juntos, convivir, nos ha implicado en el establecimiento de contratos sociales; estos son de época, y por ello, en sí mismos, relatos que establecen, no solo modos de convivencia, sino también leyes, parámetros; en, y desde ellos, nos vamos desarrollando y aunque no nos determinan, nos “contienen” en algún tipo de encuadre, que ha ido variando en el correr de los milenios, en las distintas etapas de la humanidad y en los diferentes contextos socioeconómicos culturales.

Es en esta instancia que se habla de la relativa libertad que poseemos, para constituirnos como yo-mismos; sin embargo, podemos rescatar espacios

de decisión, y que estos sean teniendo en cuenta el todo en el que somos siendo.

Hemos hablado en otro escrito de que estamos insertos en una red cósmica, universal y mundana, donde nuestra especie se despliega, y que cada uno de nosotros, en esa red, nos vamos haciendo como somos siendo.

Esa red está entramada, como un telar, como una red de pesca o las que cubren los balcones como protección; en sus relaciones hay puntos de encuentro, bucles, puntos de fuga, cada uno de ellos es un quiasma, acerca del cual estamos relatando en estas páginas.

Así es el universo y el todo en el que estamos.

Cada acontecer, de mínima o máxima importancia, cada cruce, nos coloca en la posibilidad de elegir, con los límites antes mencionados. Hacernos conscientes, de esa instancia, de ese punto de encuentro, donde algo se nos impone, es allí donde tenemos la posibilidad de elegir; allí reside nuestra posibilidad de ser libres y responsables ante lo que sigue. Pequeños momentos, espacios de libertad y decisión, donde jugamos nuestra existencia desde la noción de nosotros mismos, desde donde percibimos y actuamos.

Esta noción de nuestro yo-mismo es nuestro relato, como tal puede ser reescrito, revisado, cambiar puntuaciones y poner punto y aparte. De eso podemos adueñarnos e influir en el quiasma que sigue.

Para eso, los profesionales de la ayuda “psi” estamos disponibles, para facilitar que esas elecciones sean las mejores para sí mismos y para los demás.

Cuando asisto a una persona, a una pareja o familia, tengo a veces la sensación de que estamos en una “reunión de consorcio”- cada quiasma es una reunión-, y allí se transitan y tramitan, sensaciones, vivencias, sentimientos, historias, proyectos, conflictos, problemas, decisiones, y todo se va abriendo poco a poco, en exploraciones compartidas, donde el relato que sea, por el cual y desde el cual se me consulta, y si eso sucede es porque esa persona está sufriendo, o haciendo sufrir, angustias, ansiedades, miedos, problemas; todo parte de un relato que está afectado, que necesita un cambio y más aún una transformación.

De ese proceder vengo reflexionando mientras pienso en el suceso humano, y recuerdo estas palabras de Edgar Morin de su *Diálogos sobre la naturaleza humana*:

La vida es una navegación sobre un océano de incertidumbres, a través de archipiélagos de certezas.

Epilogo

Ahora, en este instante, he decidido culminar esta serie de reflexiones, y me pregunto de qué se trata lo que estoy haciendo últimamente, que es lo que más me interesa transmitir, cuando hago una de las cosas que más me gusta: escribir. Y me deviene una frase de Martin Heidegger donde refiere a la “devoción del pensar” y desde allí: ¿quién estoy siendo entonces?, ¿alguien diría un pensador?, me gusta y entonces sigo con este epilogo acerca de lo que han leído los que se animaron a llegar al final.

En el último escrito que pretendió tranquilizarme ante un darme cuenta de que no quiero que me pase lo del ciempiés y paralizarme, o perderme en una sensación de sinsentido, necesito dar un cierre que espero que sea una nueva apertura. Es aquí que pienso en esta idea que tengo de la mismidad y la yoicidad en una entrama que se haciendo en el suceder de cada uno de nosotros. Esa cuestión de lo mísmico como cierta idea que algo sigue siendo lo que es en ese transitar instante tras instante, algo así como la columna vertebral de los vertebrados, esa instancia alrededor de la cual se amoldan/encajan el resto de los huesos y órganos que constituyen el cuerpo. Somos cuerpo, un cuerpo vivo que posee ciertas condiciones en y desde las cuales convive con el entorno natural y social al cual fue “arrojado” -estoy heideggeriano-. Y como lo psíquico, esa condición ambigua, materia difusa que emerge de las materias duras y blandas que nos conforman, y por ello sigue reglas similares en su funcionamiento. La columna sirve de engarce, y ese es el espacio que ocupa en lo psíquico lo mísmico, allí pasa la médula y todos los nervios que conectan; eso hace lo mísmico, eso que aun cuando pasen los años nos sigue “diciendo” que somos quienes somos –aunque a veces lo olvidamos y allí estamos mal-, y ese decir surge del lenguaje, en el cual está nuestro nombre.

En la columna hace quiasma todo lo que nos constituye, salvo aquello que está más arriba en el cerebro, que remiten al gusto, la audición, el olfato, la visión, que van directo y no pasan por la columna. Sin embargo, la sabiduría de lo orgánico los interconecta, hacen la urdimbre de lo que somos. Todo va y

viene, desde la punta de la uña del dedo más largo de nuestro pie, hasta la punta del último pelo de la cabeza –si tenemos pelo y, si no, la piel que recubre la calota craneana-. Todo fluye cuando estamos vivos y todo es partes que son todos en sí mismas pero que no serían lo que son si no fueran parte de ese todo que es nuestro cuerpo: como el universo. Somos el universo encarnado y seguimos las mismas reglas de negentropía y entropía, las de desarrollo, apertura, despliegue y deterioro, cerramiento y muerte. Por eso estamos vivos, y allí viene lo nuestro propio, lo que nos hace humanos: el lenguaje. Esa función adquirida para sobrevivir y que enriqueció la comunicación gestual y sonora. Si primero estuvo el huevo o la gallina, si primero los órganos de fonación o al empezar a hablar se gestaron, aquí no importa, si lo pienso me digo: surgieron juntas por necesidad evolutiva. Supongo.

¿A qué viene esto?, otra pregunta. Y sí, lo único verdadero es el preguntar; las respuestas entran en el espacio de la incertidumbre; este texto es en uno de mis islotes, como nos dijo Edgar Morin. Soy un perceptivista, como me definió mi colega José Gómez Laumann, y las percepciones fluyen. Sigamos siendo.

Mi desarrollo profesional

Este texto surge en él y con el continuar reflexiones posteriores a la publicación de mi libro *Quiasma*, donde expreso mi actual posición epistemológica –en el sentido que sostuvo Gregory Bateson sobre el término epistemología-. Sintetizo etapas evolutivas de mi pensamiento con la intención de seguir aclarando qué implica lo quiasmático, tanto en lo conceptual como en su despliegue en una práctica terapéutica.

Espero que manifestarlo ayude a comprender una idea que es compleja, en tanto “rompe” estructuras subjetivas del pensar que se han impuesto, a las cuales adherí tiempo atrás, y que es bueno deconstruir y adecuar a los nuevos contextos epocales.

Fui formado en la universidad desde y con el modelo psicoanalítico “freudkleiniano”, en una época en la que predominaba el pensamiento de Melanie Klein.

Una modalidad determinista y hermenéutica.

Tal como Sigmund Freud sostuvo genialmente, nuestro pasado y sus significaciones relacionales, sobre todo la relación con nuestros padres y su influencia, determinan gran parte de quienes somos. El método de la asociación libre –para mí el gran descubrimiento de Freud- y el desarrollo en sus tres etapas –inconsciente, preconsciente y consciente, ello, yo y superyó-pulsión de vida y muerte, así como el complejo bagaje teórico que planteó, el modo de asistir a los pacientes -basado en la interpretación-, más los aportes de Melanie Klein, sostuvieron mi práctica profesional por varios años.

Luego, desde mi necesidad de buscar una modalidad que pudiera sostenerse en y desde la Filosofía existencial, hice terapia con el Dr. Pablo Rispo -terapeuta de reconocido prestigio nacional e internacional, ya fallecido- y me fui formando en su Modelo existencial.

Tiempo después descubrí a Carl Rogers y su Enfoque Centrado en la Persona, me formé en el CEPOR con el Profesor Manuel Artiles y arribé a la posibilidad de integrarlo con la Fenomenología existencial en mi praxis profesional.

Posibilidad que no negó lo anterior, sobre todo porque tomé consciencia de que S. Freud fue un excelente fenomenólogo, en tanto sus descripciones acerca de sus pacientes fueron brillantes. Podemos discutir cómo lo conceptualizó, pero nunca desestimar su gran aporte.

Como decía un excelente profesor de mi facultad, el Dr. León Ostrov -que enseñaba psicoanálisis-, se puede estar con Freud o contra Freud pero nunca sin Freud. Y este sigue en “mi sangre”.

En simultáneo con este nuevo posicionamiento, continué formaciones que consideré útiles, necesarias, para hacer de mí un terapeuta que contara con variados recursos, es así que estudié Terapia Gestáltica, Psicodrama, Ensueño Dirigido, que más tarde nominamos Ensueño Despierto (ver capítulo 5 sobre ese modelo en mi libro *Enfoque Holístico Centrado en la Persona*).

Profundicé sobre la teoría de Psicología Profunda de Igor Caruso, como miembro activo del Centro Argentino de Psicología Profunda.

Transité varios caminos que están sintetizados en estas líneas, que dan cuenta de quién soy profesionalmente y que, al verlos, hacen que sea coherente que hoy plantee una idea quiasmática.

Volviendo a ubicar mi “columna vertebral” teórico práctica en el modelo de Rogers, con las modificaciones, ¿enriquecimientos?, que sustentó, debo decir que con él aprendí a escuchar activamente desde su concepción de la “no directividad” y el marco actitudinal necesario –empatía, aceptación incondicional y congruencia-.

También incorporé un modo más descriptivo y menos hermenéutico, que se despliega en cómo intervenir desde los “reflejos” y el “chequeo de percepciones”.

Basado en el Enfoque Centrado en la Persona fui transitando hacia un modelo más relacional desde el cual desarrollé varios conceptos, entre ellos el de “empatía relacional”, “confluencia de consciencias” y una revisión de la idea biologicista de “Tendencia al desarrollo/actualizante”, llegando a la idea de “Tendencia autoactualizante”, propia de lo humano en tanto este tiene “consciencia de sí” e “idea de sí mismo, o yo-mismo”.

Aquí encajó el concepto heideggeriano de “entre”, que luego preferí denominar como Nosotros, es decir aquello que se va construyendo entre ambas partes, un espacio “nuestro”.

Poco satisfecho con un trabajo solo basado en intervenciones verbales, aprovechando mis múltiples formaciones, desde la concepción de que somos cuaternarios –bio-socio-psico-espiritual- y que la idea de “carne” que subsume a nuestro cuerpo como un todo, más la adhesión al paradigma holístico/holográfico de la ciencia, concreté un modo de titular al cómo pienso y actúo como profesional, nominándolo “Enfoque Holístico Centrado en la Persona”, en el cual persona no es un individuo sino una relación con el mundo.

Más aún, reconsideré que, para ser más claro, no solo debía redefinir la idea de “ser en el mundo” y ampliarla al “ser en y con el mundo”.

Ello me llevó no solo a replantear muchos conceptos, sino también al poder integrar otros recursos que, basados en la “no directividad”, y el encuentro relacional, el profesional, una vez generado un vínculo de confianza, libre de amenazas, podía ofrecer a su consultante modos corporales, imaginarios, psicodramáticos, de conexión creativa, para facilitar la apertura perceptual.

Es así que publiqué varios libros con estas ideas, donde “abrir el juego” fue la metáfora más adecuada, para explicitar estas nuevas maneras de pensar un enfoque integrativo.

Llegué, entonces, a lo que consideré, culminaban mis aportes: un modelo holístico.

Sin embargo, y como expliqué en el libro que genera estas reflexiones, había algo que me parecía insuficiente con respecto a lo que básicamente sentía que pasaba en los encuentros terapéuticos.

Allí surgió la idea de “quiasma”.

Un concepto que cambia el modo de “mirar”, donde desaparecen las dualidades, los opuestos, las antinomias, y saber que estas son construidas por el lenguaje, que es lineal, mientras la vida, el universo, se mueven recursivamente.

Todo se junta, todo es todo, todo es el instante, la entrama, la urdimbre, el telar.

Las nociones de esencia/existencia, determinismo/indeterminismo, natura/nurtura causa/efecto, tiempos pasado/presente/futuro, psico/somático,

sano/enfermo, bueno/malo, entre otras antinomias que se excluyen entre sí, no se dan en el universo ni en la vida, se dan en el lenguaje, solo allí.

Se dan por nuestra necesidad -basada en la “falla básica” que nos constituye donde se separa el Mí del Yo en la relación Nosotros- de explicar, e interpretar, para sentir que en algún lado estamos, pero de eso no se trata lo que transcurre mientras vivimos.

Sé que es difícil de entender que no hay esencias separadas de la existencia, que la natura se entrama en la nurtura, que no hay causas sin efectos ni viceversa y ninguna está primero, están juntas, que no estamos ni determinados ni indeterminados sino a la vez, que fluimos, que no vivimos en el presente, sino en los tres tiempos al mismo tiempo, estamos allí, no aquí y ahora, que no hay psiquis y cuerpo, todo junto, que los nociones de sano y enfermo son contextuales, que donde podemos delimitar lo bueno de lo malo, que también depende de quién y desde donde se lo mire.

Esta posición tiene un riesgo si no se toma en cuenta que existe ese riesgo, muy común en una época que tiene un nombre del no nombre posmodernidad, y ese riesgo es el relativismo. Por ello debo aclarar que no soy ni subjetivista ni relativista, soy **PERCEPTIVISTA** y sostengo una mirada ecológica de alto compromiso ético y moral de tinte social humanístico, pero ello no me impide pensar que todo lo que está en el Universo, y obviamente nosotros al estar y ser de él, es quiasmático. La entrama nos hace ser quienes somos y desde allí debemos escuchar a los que atendemos.

Bibliografía

- Arciero, Giampiero (2009); *Tras las Huellas de Sí mismo*. Edit. Amorrortu.
- Artiles, Manuel (1975); *La Actitud Psicoterapéutica*. Edit. Bonum.
- y Martín, Orlando y colab (1995); *Psicología Humanística*. Edit. Hernandarias.
- Badiou, Alain (2008); *Lógica de los Mundos. El Ser y el acontecimiento*. Edit. Manantial.
- Badiou, Alain (2012); *Condiciones*. Edit. Siglo Veintiuno.
- Barceló, Tomeu (2008); *Entre personas*. Desclée de Brouwer.
- Bateson, Gregory (1998); *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lohlé-Lumen.
- Bauman, Zygmunt (2005); *Amor líquido*. Fondo de Cultura económica.
- Bermejo, José C. (1997); *Apuntes de relación de ayuda*. Humanización de la salud.
- Borges, Jorge Luis (2019); *Funes el memorioso 1942, en Cuentos Completos*. Edit. De Bolsillo.
- Brazier, David y colab. (1997); *Más Allá de Carl Rogers*. Edit. Desclée de Brouwer.
- Buber, Martin (2002); *Yo y tú*. Ediciones Nueva Visión.
- Campos, Alfredo (1982); *La Psicoterapia no Directiva*, Edit. Herder.
- Ceberio, Marcelo R.; Watzlawick, Paul (1998); *La construcción de universo*. Herder.
- Capra, Fritjof (1992); *El punto crucial*. Troquel.
- Ciaramicoli, Arthur y colab. (2000); *El poder de la Empatía*. Edit. Vergara.
- Cooper, David (1971); *Psiquiatría y Antipsiquiatría*. Paidós.
- Damasio, Antonio (2000); *Sentir Lo que Sucede*. Edit. Andrés Bello.
- (2014); *En Busca de Spinoza*. Edit. Paidós.
- de Bella, Mario (2007); *Thomas Kuhn y las revoluciones científicas*. Eudeba.
- De la Puente, Miguel; C. Rogers (1973), *de la Psicoterapia a la Enseñanza*. Edit. Razón y fe.
- Deleuze, Gilles (2008); *En medio de Spinoza*. Edit. Cactus.
- (2015); *La subjetivación, Curso sobre Foucault*. Edit. Cactus.
- Frick, Willard (1973); *Psicología Humanística*. Editorial Guadalupe.
- Fuster, Joaquín (2014); *Cerebro y Libertad*. Edit. Ariel.

Giordani, Bruno (1997); *La relación de Ayuda, de Rogers a Carkhuff*. Edit. Desclée de Brouwer.

Haour, Bernardo (1987, 2010); *Introducción a la Fenomenología de la Percepción. Maurice Merleau-Ponty*. Edit. Fondo Editorial, 2010. Edit. Desclée de Brouwer.

Janis, Irving; *Formas Breves de Consejos*.

Jung, Carl Gustav (1990): *Sincronicidad*, Sirio.

Keeney, Bradford (1987); *Estética del cambio*. Paidós.

Lafarga Corona, G.; del Campo (1978). *Desarrollo del Potencial Humano*. Edit. Trillas.

Luypen, W. (1967); *Fenomenología Existencial*. Edit. Carlos Lohle.

Martinez, Yaqui y Signorelli, Susana (2011); *Perspectivas en Psicoterapia Existencial*. Edit LAG. Colección Sentidos.

Maturana, Humberto (1992); *El Sentido de lo Humano*. Edit. Hachette.

--- y Varela G., Francisco (2003); *El árbol de conocimiento*. Lumen.

Merleau-Ponty, Maurice (1964); *Signos*. Edit. Six Barral.

--- (1945), *Phenomenologie de la Perception*. Edit. Gallimard.

Mearns, D.; Thorne, B. (2003); *La terapia centrada en la persona hoy*. D. de Brouwer.

Moreira, Virginia (2001); *Más allá de la Persona*. Edit. Univ. de Santiago.

Payne, Martín (2010); *Terapia Narrativa*. Edit. Paidós.

Pagès, Max (1970); *La orientación no directiva en Psicoterapia*. Edit. Paidós.

Peretti, André (1979): *El Pensamiento de Carl Rogers*. Edit. Atenas.

--- (1971): *Libertad y Relaciones Humanas*. Edit. Marova.

Rogers, Carl (1966); *Psicoterapia Centrada en el Cliente*. Edit. Paidós.

--- (1972): *El proceso de Convertirse en Persona*. Edit. Paidós.

--- (1973): *Grupos de Encuentro*. Edit. Amorrortu.

--- (1978): *Orientación Psicológica y Psicoterapia*. Edit. Narcea.

--- (1980): *El Poder de la Persona*; Edit. Manual Moderno.

--- (1986): *El Camino del Ser*, Edit. Kairós Troquel.

--- *Teoría de la Personalidad*; Edit. Nueva Visión.

--- y otros (1963); *Psicología Existencial*; Edit. Paidós.

--- y Marian Kinget (1967); *Psicoterapia y Relaciones Humanas*. Edit. Alfaguara,.

--- y B. Stevens y otros (1970); *Persona a Persona*. Edit. Amorrortu.

Saldanha Erthal, Tereza (1993); *Terapia Vivencial*. Edit. Lumen.

Sánchez Bodas, Andrés (1972); *La Egometamorfosis*. Edit. EM.

--- (1997); *Estar Presente, Desde Carl Rogers al Enfoque Holístico Centrado en la Persona*. Edit. Holos.

--- y colab. (1993); *¿Crear Salud o Curar Enfermedad?* Edit. Holos.

--- y otros (1994); *Psicoterapias en Argentina*. Edit. Holos.

--- y colab. (1999); *Counseling Humanístico*. Edit. Holos.

--- (2001); *Buscar Un lugar en el Mundo*. Edit. Del Nuevo Extremo.

--- (2003); *Qué es el Counseling*. Editorial Lector.

--- (2004); *Desplegarse*. Edit. Lector.

--- (2005); *El Enfoque Holístico Centrado en la Persona*. Edit. LEA.

--- (2006); *Carl Rogers- Cómo alcanzar la Plenitud*. Con la colaboración de Lucrecia Sánchez Berneman. Edit. LEA.

--- (2009); *Manifiesto Humanístico- Introducción a nuevo verbo: Nosotrear*. Edit. LEA.

--- (2017); *Quiasma- Metapsicología de mi Posición Terapéutica*. Edit. LEA.

Sartre, Jean-Paul (2003); *La trascendencia del Ego*. Edit. Síntesis.

Simondon, Gilbert (2012); *Curso sobre la Percepción*. Edit. Cactus.

--- (2009); *La individuación*. Edit. Cactus.

--- (2019); *Pensar la Psicología* Edit. Cactus.

Spinoza, Benedictus (2005); *Ética*. Edit. Caronte Filosófica.

Tausch R, y A. Marie (1987); *Psicoterapia por la Conversación*. Edit. Herder.

Quitmann, Helmut (1989); *Psicología Humanística*. Edit. Herder.

Rud, Claudio (2004); *Entre Metáforas y Caos*. Edit. Nueva Generación.

Spinelli, Ernesto; *Introducción a la Psicología Fenomenológica*. Apunte.

Vidal y Benito, María del Carmen (2012); *La Empatía en la Consulta*. Edit. Polemos.

Vilanova, Alberto (1993); *Contribuciones a la Psicología Clínica*. Edit. Adip,.

Zizek, Slavoj (2006); *Visión de Paralelaje*. Edit. Fondo de Cultura Económica.

Exégesis quiasmática

Ezequiel L. Russo

1. La humanización como factor común
2. Los hechos no son hostiles
3. El sistema consultante es quiasmático
4. Necesidades y deseos en consulta
5. Quiasma holístico centrado en el universo
6. Mi posición quiasmática
7. Referencias

1. La humanización como factor común

Si de algo se trata este nuevo libro de Andrés Sánchez Bodas, posiblemente sea de la confluencia entre aquellos factores terapéuticos comunes a la praxis de todo counselor o terapeuta que busque facilitar el desarrollo de sus consultantes.

En este suceder humano, en la entrama vincular que se produce en el sistema consultante, emergen elementos frecuentes que se traducen en efectividad terapéutica.

Las investigaciones de Frank, Luborsky, Rosenzweig, y particularmente Lambert y Asay, han puesto de manifiesto aquella máxima de Carl Rogers cuando afirmó que *“Dos terapeutas experimentados de diferentes modelos, se parecen más entre sí que dos novatos del mismo modelo”*, siendo Rosenzweig quien trajo a colación la famosa cita del pájaro Dodo quien asevera en el cuento *“Alicia en el país de las maravillas”*: *“Todos ganaron y todos deben recibir premios”*. Es decir, todo método terapéutico tiene en su haber situaciones *“exitosas”* para relucir frente a los demás modelos. Todos tienen algún éxito en su historial terapéutico. Todos ganan si se trata de ayudar a otro que sufre.

Es entonces que surge el concepto de *“factores comunes”*. Aquellos que más allá de la teoría, redundan en resultados favorables para quien consulta. Una buena síntesis de ellos es la que realizan Moix y Carmona (2018) de la Universidad de Barcelona, resaltando siete *“secretos”* de la efectividad terapéutica que comparten terapeutas, más allá de sus modelos teóricos y que

serían los responsables de relaciones terapéuticas facilitadoras: Escucha/Presencia, Creatividad, Intención, placebo como aumento de efectividad, poesía, latidos- como expresión de la compasión- y misterio. Cada uno de estos factores se entrama en la relación que se establece entre el profesional y el consultante, generando esa atmósfera de desarrollo necesaria para el despliegue de lo humano.

Quiasma es entonces una manifestación del suceso terapéutico, es el punto de cruce de estas variables que humanizan las relaciones personales y profesionales. Es el conjunto de aconteceres que aparecen en el acontecer del vínculo, siendo también una mirada desde la vida y hacia la vida, haciendo del mismo, un modo de ser y de estar en el mundo.

Desde aquí, los factores terapéuticos se entraman en la propuesta quiasmática que multiplica las posibilidades de ayuda terapéutica.

Asimismo, esta propuesta no es una mera transducción en estrategias de intervención. Es más bien un modo de pensar lo humano, de ver el mundo; es una epistemología en si misma que nos plantea un cambio de paradigma.

En la evolución del pensamiento de Sánchez Bodas, la que alguna vez denominé “Del psicoanálisis al enfoque quiasmático centrado en la persona”, se puede observar cómo va transitando sus propios “sucederes humanos” para llegar a presentarnos una forma compasiva de ver el sufrimiento humano. Ese es, para mí, el gran aporte de este libro.

Paul Gilbert (2010) reflexiona acerca de que la compasión proviene de la voz latina *compati*, que significa “sufrir con” y toma la definición del Dalai Lama, refiriéndose a que es “una sensibilidad hacia el sufrimiento del yo y de los otros junto con un compromiso profundo de tratar de aliviarlo”. Por ello afirmo que la mirada quiasmática respecto al malestar psíquico, es profundamente compasiva. Tal vez sea este el gran paso que, sin darse cuenta, Sánchez Bodas esté dando en el desarrollo de su pensamiento: de la empatía rogeriana -pasando por la empatía vincular- al esfuerzo por humanizar de manera compasiva las relaciones humanas. Cómo vemos a los demás- y cómo nos vemos a nosotros mismos- será la base desde la cual vamos a intervenir como profesionales.

El modelo compasivo de Gilbert sostiene que no se propone evitar el dolor, sino que es una forma de implicarse con este, de la misma manera que

Sánchez Bodas propone involucrarse con las “bases del suceder psíquico”, reconociendo que “toda conducta fluye entre la amenaza al ser o la libertad para el ser” y que entonces será el rol del facilitador colaborar con la toma de conciencia mística, y quiasmática, de la persona que consulta.

En la propuesta quiasmática sobre el acontecer humano, encontramos un esfuerzo auténtico por humanizar las relaciones de ayuda. Tal vez este sea el legado más notorio de Rogers en este texto, porque escuchar de manera no directiva es una forma concreta de humanización.

Humanizar es más que tratar amablemente a otro, es crear una dinámica vincular donde quien consulta sea visto como sujeto de derecho y no como objeto de atención, respetando la autonomía y la libertad de quien viene a nosotros por ayuda. Pensar quiasmáticamente, es otra manera de humanización de las relaciones de ayuda, ya que cuando logramos ver a las personas desde la perspectiva del sufrimiento y no del diagnóstico psicopatológico, somos capaces de comprender a Sánchez Bodas cuando afirma que “*cualquier problemática mental y/o psíquica, deviene de los modos habituales de emocionarse y sentir*”. Entonces llegaremos a la conclusión de que toda crisis emocional (aun las más traumáticas) es una forma de sobrevivir.

Humanizar, entonces, será ver quiasmáticamente al otro, tratar de comprender el *pathos* existencial y respetar el dominio del consultante sobre sus decisiones.

En este sentido entendemos con Rathge que el énfasis de la relación terapéutica tiene que correrse del diagnóstico para centrarse en el sufrimiento, ya que, de ese modo, se logra “*centrarnos en la detección de desacuerdos vitales que, al ser vividos como esenciales y definitivos, generan experiencias de confrontación y sufrimiento, permite no solo evitar la reiteración en la relación terapéutica de esas experiencias, sino que genera formas de intervención más respetuosas, más habilitantes y, seguramente por ello, notablemente más efectivas*”.¹ Es aquí donde radican las confluencias quiasmáticas entre humanización, compasión y sufrimiento humano.

¹ Rathge, E.: “El problema del diagnóstico en Salud Mental: del énfasis en la ‘patología’ al énfasis en el ‘sufrimiento’”. Ensayo/ Rosario, Argentina.

2. Los hechos no son hostiles

De las catorce enseñanzas significativas que Carl Rogers describe en *El proceso de convertirse en persona*, esta es una de las más significativas para mí y que realzan la propuesta quiasmática.

En ella, Rogers afirma que “los hechos nunca pueden ser hostiles”, ya que en el camino de la investigación nos permiten acercarnos más a la “verdad”, y que estar próximos a ella nunca puede ser dañino u hostil.

Me habría sido muy útil si Rogers hubiera profundizado más en esta enseñanza, aunque ha sido la presencia de la ausencia, la que me llevó a profundizarla.

Stephan Strasser, filósofo y fenomenólogo austriaco, define al hecho como un suceso acontecido en el pasado, afirma que sus efectos pueden ser considerados como definitivos, y al mismo tiempo que no es una sensación y no depende de la percepción del sujeto. Un hecho, entonces, es acabado, definitivo e invariable. No puede ser modificado. Al respecto sostiene que *“si el hecho es netamente discernible de su contexto es gracias a otro rasgo característico: no cambia, no varía, no se modifica. Queda invariable porque está acabado, cumplido, terminado en el pasado. Las palabras “hecho”, factum, Tatsache, expresan todas ellas esta misma idea de un acontecimiento que se ha desplegado en el pasado y cuyos efectos pueden ser considerados como definitivos”*.

El hecho tiene dos grandes características: su miseria y su grandeza. Miseria en términos de que existe arbitrariedad determinista porque está predeterminado por una posición metódica, es decir que a través de un método se construirán los hechos, por lo que el riesgo es quedar sesgados por el lente con que miramos y, desde el punto de vista teórico, todo hecho psicológico es construido; debe su existencia a un método más o menos reconocido. Strasser se pregunta cómo es posible que habiendo atendido en la misma época y al mismo tipo de pacientes, Freud nunca diagnosticara complejo de inferioridad y Adler nunca hizo lo propio con el de Edipo. Y se responde: “Los hechos eran distintos, porque los métodos eran distintos”.

Respecto a la grandeza del hecho, sostiene que se encuentra en que el mismo es una construcción del espíritu humano, en las múltiples

construcciones de hechos a partir de que comenzamos a hablar y, tal vez lo más representativo sea que su construcción responde a una necesidad originaria del espíritu. El hecho es un punto de referencia, contiene su universo verdadero y su grandeza que se debe al esfuerzo de construir el hecho. Podríamos decir que la construcción del hecho es parte de la condición humana.

Entonces, al afirmar que los hechos no son hostiles, podemos representarnos que la percepción que la persona tenga de los mismos, será la que otorgue la categoría de hostilidad al mismo. Algo así como si el problema no fuera la enfermedad, sino que la padezca un ser querido. Esta idea nos convoca a pensar nuevamente de forma quiasmática, en ese punto de cruce donde se encuentran los hechos, los métodos, las teorías y las disciplinas desde donde nos posicionamos para recibir al que acude por ayuda, poniendo especial énfasis en la percepción, la evaluación, o la interpretación que nuestros consultantes hagan de sus hechos personales y nosotros, desde nuestros métodos podamos ofrecerle el descubrimiento de nuevos hechos.

Los fundamentos teóricos contienen y sostienen la epistemología personal del counselor. Le permiten transitar aspectos que dan cuenta de su propia visión del mundo, en su gabinete. Algunos se centrarán más en un recorte psicológico, otros harán foco distintivo en conceptos disímiles. Unos, tendrán especial eje en la percepción del consultante, en sus experiencias, en su modo de ser y estar, es decir, en su personalidad. Otros dirigirán sus intervenciones a la flexibilidad de constructos, a la toma de decisiones y a la resolución de conflictos. Todos buscarán el bienestar y desarrollo de quien consulta.

Engrandecer al espíritu humano por la construcción de su propia narrativa en una historia vital, es un pilar de la epistemología quiasmática. Entonces y, solo entonces, comprender los hechos será un elemento fundante para encontrar focos perceptuales que nos convoquen a centrarnos en el sistema establecido con nuestros consultantes y sus historias.

3. El sistema consultante es quiasmático

La mirada quiasmática de la condición humana, junto al compromiso de humanización de la relación de ayuda, nos acerca a la idea de pensar el vínculo con nuestros consultantes desde la perspectiva sistémica. Al referirse al llamado “sistema consultante”, Wainstein (2006) lo define como *“el que se constituye entre consultor y consultante. Esto quiere decir que entendemos la consulta como un sistema, en el que el consultor es alguien que facilita la exploración, resolución de situaciones y problemas, presentados por un consultante que solicita ayuda”*. Podemos decir que, desde este punto de vista, tanto el profesional como el consultante se transforman en elementos de un sistema relacional que tendrá algunas características propias, entre las cuales me parece oportuno citar: interdependencia, retroalimentación y covariancia. Interdependencia, en relación con la mutua dependencia en términos de alianza terapéutica, retroalimentación, como mutuo modo de afectar el campo experiencial del otro, y la covariancia en relación con el grado de variación conjunta: él cambia, nosotros también.

En este sentido podemos decir que la relación del sistema consultante, se da desde una perspectiva de urdimbre (metáfora frecuentemente utilizada por Sánchez Bodas) donde lo que nos modifica es la entrama quiasmática-vincular, dando lugar tal vez a una nueva conceptualización teórica: el sistema quiasmático.

Entonces, desde esta perspectiva, las intervenciones terapéuticas, surgirán de ese sistema establecido entre ambas partes.

El Enfoque Holístico Centrado en la Persona, es quiasma por definición: integra, conjuga, describe, aporta. Es, en sí mismo, nudo de intervención. Comprende y se comprende asimismo que no es Counseling, ni psicoterapia, ni educación. Es una manera de ser, de estar y de intervenir: es una manera de ver el mundo. Como tal, quiasmáticamente se nutre de diferentes teorías y puede ser aplicado, vivido, comprendido desde cualquier disciplina que tenga como base epistémica al ser humano y la relación como centro de la experiencia.

En ese sentido, irrumpe amorosamente en el mundo subjetivo y lo hace a través de intervenciones quiasmáticas.

Intervenir es el acto por el cual se irrumpe en un proceso para lograr determinados objetivos. La intervención es inherente al acto humano de proactividad.

En el campo psicológico, una intervención es un recurso emergente de un marco teórico en beneficio del consultante (o paciente) y de los objetivos planteados en el proceso. Para ser tal, una acción terapéutica debe tener ciertas características, que la hagan diferenciarse de la comunicación no formal que una persona mantiene con otra.

Cuando planteamos que una intervención (técnica o instrumentación), tiene propiedades que la definen, en primera instancia estamos diciendo que esta debe partir de un fundamento o cosmovisión de la persona, las relaciones de ayuda, el terapeuta, el mundo, la espiritualidad, el universo. Es sabido por todos los profesionales de la ayuda, salud y el desarrollo humano, que cada técnica nace de un marco teórico que la sostenga. Asimismo, la instrumentalización debe guardar relación directa con el motivo de consulta de quien viene a nosotros buscando aliviar su dolor. En otras palabras, debe ser lo suficientemente empática como para favorecer una apertura, no solo a la experiencia vivida, sino también a las múltiples facetas que presenta el problema o situación a resolver.

Es menester entonces realizarnos algunas preguntas antes de intervenir.

¿Qué? Se va a intervenir... ¿Sobre que etapa del ciclo vital? Todos sabemos, por ejemplo que, al trabajar con niños, los terapeutas plantean una primera intervención conocida como “La hora de juego” y que de acuerdo con el desarrollo de las funciones psíquicas, cada “parada” en el camino de la vida tiene características que le son propias. Otro caso particular es de la vejez, donde será necesario tener en cuenta las características propias y singulares del proceso de envejecimiento y de la persona mayor que está frente a nosotros, dado que no cualquier intervención será efectiva para el consultante añoso. Por lo tanto, para ser efectivas, las actividades del counselor deben tener en cuenta el ciclo evolutivo del consultante.

Asimismo, dentro de esta primer pregunta, se encuentra la imperiosa necesidad de que esa instrumentación parta del marco de referencia Interno del cliente.

Dentro de las practicas más utilizadas desde el Counseling fundamentado en el EHCP conocemos: los chequeos de percepciones, la confrontación amorosa, las preguntas abiertas, dramatizaciones, orientaciones del tipo estratégicas, sociogramas, álbumes de sucesos memorables, terapia de la reminiscencia y revisión de vida, análisis de las transacciones, presentación de paradojas frankleanas, recursos imaginarios, etc.

Implementar una intervención requiere además, de otras tres preguntas básicas:

¿Para qué? Aquí aparecen los objetivos de dicha intervención. ¿Qué busca el Counselor al instrumentar dicha estrategia? La intervención debe tener objetivos concretos (y, cuando fuere posible, medibles) que redunden en el mayor contacto experiencial y logre sostenerse en el tiempo. Una intervención sin objetivo carece de efectividad. Cada vez que lo hacemos, antes deberíamos preguntarnos ¿Qué intento lograr con esta actividad? Si no puede ser respondida esta pregunta, es preferible no hacer esa intervención.

Para Max Pagès existen dos grandes grupos de clasificación o actividades que realiza un terapeuta, sea psicólogo, counselor, psiquiatra o psicopedagogo. Los llama Actividades estructurantes y Actividades informadoras. Las primeras son aquellas que intentan cambiar la estructura del pensamiento o discurso del consultante. Pagès afirma: “Se participa directamente en la edificación de las estructuras mentales del interlocutor cuando se lo sustituye para estructurar su campo de experiencia”. Por otro lado, podemos encontrar las Actividades informadoras, las que, según el autor, “están orientados a informar al sujeto acerca de su propia actividad estructurante”. De cada grupo aparecerán los subtipos utilizados por la psicoterapia y el counseling a nivel mundial y cada manera de responder por parte del profesional, se acercará de un modo quiasmático, más o menos a la noción de no directividad. Pensar en el para qué será tener en cuenta, también, la personalidad del counselor y del consultante.

Sostener que existe una, y solo una, modalidad de intervención, sería crear un nuevo “lecho de Procasto” en el siglo 21 e ignorar las múltiples teorías y estrategias disponibles al servicio de las personas.

¿Cuándo? Respecto al *timing* oportuno. Respetar y elucidar en el momento adecuado y en el que el consultante esté preparado emocionalmente

para recibir ese darse cuenta profundo y experiencial. “Sin pausa, pero sin prisa.”

La última pregunta al intervenir encierra dos grandes cuestionamientos: **¿Cómo y cuál?** De qué manera intervenir y cuál intervención utilizar son preguntas que nos hemos hecho a lo largo del tiempo y de las consultas en general. A modo de orientación/ sugerencia (y solo de ello) podríamos tomar en cuenta los predomios del motivo de consulta de quien viene a nosotros por ayuda. Barbara Okun describe tres predomios que pueden aparecer en la consulta.

Es importante aclarar que solo son eso, predomios, que luego darán lugar al resto de las narrativas del cliente, dado que la persona es una unidad biopsicosocialespiritual.

- **Predominio cognitivo:** El consultante presenta rigidez perceptual, constructos rígidos, creencias limitantes, valoración rígida. El locus de valoración es externo. Existen distorsiones cognitivas entre las cuales encontramos: sobregeneralización, abstracción selectiva, polarización del pensamiento, maximización (o minimización), personalización, etc.
- **Predominio conductual:** Abuso de sustancias, polimedicación y automedicación, excesos y rituales.
- **Predominio afectivo:** Duelos, soledad, resignificaciones afectivas.

Cada predominio presenta estrategias que le serán propias, siempre teniendo en cuenta la singularidad del que consulta y la posibilidad de tender puentes entre los modales del sujeto de acuerdo con la propuesta multimodal de Arnold Lazarus.

En conclusión, al intervenir es necesario saber qué, para qué, cuándo cómo y cuál será la razón o las razones de dicha instrumentación. La etapa vital marca su propio modelo de intervención y el marco de referencia interno del consultante lo determina. Las intervenciones son recursos complementarios a una epistemología basalmente humanista-existencial, que incluye la rogeriana, pero no la hace única; de allí la posibilidad que nos brinda “el telar” quiasmático.

4. Necesidades y deseos en consulta

En este suceder, vamos a encontrar que Sánchez Bodas reflexiona diciendo que “en un principio somos seres necesitantes, al igual que cualquier otro mamífero desarrollado, en particular nuestros primos hermanos, los primates” (...) “el ser hablados y hablantes, va integrando poco a poco la mismidad y la yoicidad y nos ampliamos al ser seres deseantes, que subsume lo necesitante”.

Entonces, ¿con qué trabajamos en la consulta? Detengámonos un poco más en ambos conceptos e intentemos relacionarlos con la ayuda terapéutica.

Ramos Feijóo (2003) realiza un recorrido sobre la conceptualización de necesidad y plantea la diferencia radical entre esta y el deseo: el deseo responde a un juicio subjetivo, mientras que la necesidad implica un juicio objetivo, porque “*el concepto de necesidad va unido a la falta o carencia de algo, en la mayor parte de los ejemplos considerado como indispensable para la vida*”.

Es justamente esa subjetividad del deseo, lo que hace desde la perspectiva quiasmática, que el proceso terapéutico sea catalizador del deseo personal y ocasional.

Asimismo, refiriéndose a la necesidad, Ramos Feijóo, sostiene que no se debe confundir las necesidades del consultante con las del profesional, porque “hacerlo puede repercutir muy negativamente en la intervención”. Expresión que puede ser concatenada con la propuesta consonante de Sánchez Bodas, donde el terapeuta o counselor identifique sus necesidades, a partir de las del consultante, pudiendo arribar a una confluencia de conciencias, una entrama vincular que desde allí será quiasma.

Deseo expresado a través del lenguaje, en el sistema quiasmático consultante, humanizador mediante la no directividad y abierto al encuentro genuino y profundo, donde el acontecer humano se impone ante nosotros en un vínculo de mutua influencia.

5. Quiasma holístico centrado en el universo

Edgar Morin sostiene que “conocer al hombre no es recortarlo del Universo,

sino ubicarlo en él". La pregunta por el ser nos impone una pregunta por el espacio que habitamos. ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? y ¿con quién?

Para Sánchez Bodas,

“Somos una entrama, un quiasma, que fluye y se muestra en la interacción individuo/mundo como una totalidad resultante de múltiples variables que se hacen uno en la persona/individuo en constitución permanente.”

Si de teorías de personalidad en algo se trata el proceso terapéutico, tal vez sea la idea de psiquis como punto de cruce, aquella que, a la hora de pensar en el sufrimiento humano, más se acerque a lo que entiendo como un proceso de counseling.

Esta mirada se aleja del determinismo topográfico que afirma que hay algo por “sobre” algo otro que, al mismo tiempo, en el último se halla el reservorio de pulsiones inconfesables de carácter sexual. El dualismo cartesiano cuerpo/mente se corre para dar paso a un cuerpo que integra, una mirada que trasciende aún a lo orgánico, un cuerpo que es universo y es uno con él. Esas múltiples variables que nos hacen individuos están disponibles en el universo y, por lo tanto, asequibles al momento del encuentro.

No somos, estamos siendo. Polarizar es abstraer lo uno vs lo otro. Lo consciente vs. lo inconsciente, el deseo vs. la necesidad. La creación vs. la evolución. El pasado vs. el presente. Ahora bien, la postura quiasmática es su punto de encuentro en la vida y en el encuentro. Ya no es “esto” o “aquello”. Suma, no resta. Multiplica, no divide.

La personalidad será, entonces, la incorporación de una “organización dinámica”, el encuentro con la mismidad, un modo particular de ser y de estar, la conjugación del carácter y el temperamento, será un todo entramado, sin causa ni efecto, será quiasma.

Por lo tanto, la traducción cotidiana será una actitud -definida como "postura en acto"- y que traduce conductualmente aspectos conceptuales sostenidos por un sujeto. Así, a cada postura le corresponde una o más actitudes que serán más o menos coherentes con ella. A la postura "todos somos iguales como personas", puede corresponderle una actitud aceptadora y generosa ante quienes lo necesitan; una que sea coherente con la postura.

También puede existir una actitud de rechazo y/o humillante hacia un otro; una incoherente con la postura. Con respecto al counseling podemos decir que la postura está relacionada con la teoría. Una teoría que sostenga la postura de una tendencia a la actualización, de sabiduría organísmica y confianza en el ser humano, no puede sino traducirse en una actitud de facilitación no directiva de parte del profesional, y esa sería una actitud coherente con su postura.

Quiasma no es solo un modo de ser integrador. Es un modo de encontrar un foco que nos encuentre nosotreado, siendo en los vínculos, entramado en ellos y constituyentes de lo que somos y de quienes somos.

Para habitar el quiasma, la coherencia sistemática es la clave conceptual y metodológica.

Asimismo, es necesario recordar que nuestro organismo se expresa como quiasma.

Nuestro sabio cuerpo muestra que la integración es una consecuencia de existir desde ese nudo que para mí, es el quiasma. Veamos:

- La función de la médula espinal es ser **vía de conexión** entre el encéfalo y el resto del cuerpo, es quiasma.
- La corteza cerebral: controla las sensaciones conscientes, el lenguaje, el pensamiento y la memoria, es quiasma.
- El Lóbulo frontal integra las actividades de los músculos esqueléticos, es quiasma.
- El cuerpo caloso es el centro de integración entre los hemisferios cerebrales, es quiasma.
- La corteza prefrontal realizaría un control supramodal sobre las funciones mentales básicas localizadas en estructuras basales. Este control lo llevaría a cabo a través de las funciones ejecutivas que, a su vez, también se distribuirían de manera jerárquica, aunque con una **relación interactiva entre ellas**. Debería entenderse como una **red de integración** de áreas, cada una de las cuales se especializaría en un dominio específico, es quiasma.
- La comunicación neuronal: Es red en sí misma. La neuroplasticidad lo comprueba, es quiasma.

Entiendo que nuestro cerebro integra, es quiasmático. Tal vez nuestra mismidad se encuentre en algún lugar del cerebro, en alguno de los cuatro lóbulos. Tal vez en algún neurotransmisor, tal vez en las funciones psíquicas o en todos, porque como sostiene esta mirada:

“somos quiasmáticos, un cruce de múltiples variables... Experiencia que vivimos en la cual no hay nada oculto, ni nada a la vista, nada que descubrir, todo esta allí en acción de vida, en ese telar que somos en tanto hacemos la propia tela que nos porta”...

En el telar cerebral, en el orgánico, en el corporal y espiritual. En todo y en todos. En el universo.

6. Mi posición quiasmática

En mi vida personal me recorrí a mi mismo desde el psicoanálisis, los modelos breves, el humanismo, el existencialismo, el cristianismo y el budismo. En mi vida profesional ello se tradujo. Cada uno de ellos me pareció (y me sigue pareciendo) un recorte, una manera de ver y de hacer. Entiendo que también lo que propone Sánchez Bodas sea un recorte, pero es el que me hace sentir más congruente como persona y profesional. En este modelo me siento quiasmático.

La expresión propuesta de “hay que meterse en el telar y favorecer la expresión de ese entramado” es el gran desafío que enfrentamos los profesionales de la ayuda, ya que nos compele a comprender sin interpretar y a integrar sin violar el espíritu humanizador de la no directividad.

“El cuerpo marca el camino, lo orgánico elige en el acontecer que estemos, plenos de variables que influyen al unísono (quiasmas) y que emergen en conductas/vivencias y comportamientos, que se tramitan como una transducción”

Es entonces que el lenguaje nos introduce, tal como lo señala Morin, en la característica más original de la condición humana, ya que, como afirmara Yves Bonnefoy, “son las palabras, con su poder de anticipación, las que nos distinguen de la condición animal”. Coincidentemente la llamada terapia del

diálogo de Rogers o la palabra en Freud, son las que nos dan la posibilidad a las personas, de expresar lo humano.

Un lenguaje refiere a una porción de conocimiento y cada especialidad tiene el propio. Ser counselor en el siglo 21 nos plantea el deber ético de capacitarnos para poner al servicio del que consulta, no solo nuestra amabilidad, sino nuestras intervenciones terapéuticas más eficaces y humanas.

Esta forma de pensar lo humano que propone Sánchez Bodas nos interpela a ver más allá de lo evidente, y reconocer con Edgar Morin:

“Como si fuera un punto del holograma, llevamos dentro de nuestra singularidad no solo toda la humanidad, toda la vida, sino también casi todo el cosmos, incluido su misterio que yace, sin duda, en el fondo de la naturaleza humana”.

Concluyo también, de manera quiasmática, citando al Dr. Roberto Kertesz, gran exponente de la psicología en Iberoamérica y quien fuera Rector fundador de la Universidad de Flores:

“Abordamos cada caso como algo único y luego empleamos todo lo que sirva para lograr los objetivos fijados con el cliente. No hay tratamientos de confección; todos son a medida”....

Yo diría, todos son desde el consultante y hacia el consultante. Desde el vínculo y hacia el desarrollo, desde lo humanamente complejo hacia el encuentro.

Parafraseando a Kertesz, todos los procesos son sistemas quiasmáticos que se encuentran con un solo objetivo: el despliegue de lo humano.

7. Referencias

Bermejo, José (2004): *La relación de ayuda a la persona mayor*. San Camilo.

--- (2014): *Humanizar la asistencia sanitaria*. Desclee de Brower.

Okun, B (2001): *Ayudar de forma efectiva*. Editorial Paidós.

Ramos Feijóo, C. (2003): “Las necesidades sociales”, en T. García y C. Alemán Bracho (Eds.) *Introducción al Trabajo Social* (pp. 340-346) Alianza.

Rogers Carl (1972): *El proceso de convertirse en persona*. Editorial Paidós.

Rodríguez, Pilar (2012): *La atención centrada en la Persona*. Fundación Pilares.

Sánchez Bodas, A. (2010): *Enfoque Holístico Centrado en la Persona*. Ediciones Lea.

Andrés R. Sánchez Bodas

Licenciado en Psicología (UBA, 1972) y Counselor Certificado 016. Como docente universitario fue Profesor Titular en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Palermo, Profesor Invitado en la Universidad de San Juan. Profesor Titular Asociado en la Universidad del Salvador. Introdutor del Counseling en la República Argentina- Creador del modelo terapéutico “Enfoque Holístico Centrado en la Persona.” Director Institucional de Holos Sánchez Bodas- Primera Escuela Argentina de Counseling, creada en 1987 y con sedes en San Isidro, Capital Federal, Rosario, Mar del Plata y Nuevo Delta. Director Honorario de la Asociación Peruana de Psicoterapia Centrada en la Persona y Counseling. Counselor Honorario de la Asociación Argentina de Counseling. Presidente de varios congresos internacionales de Counseling y Enfoque Centrado en la Persona. Director de la filial argentina de la National Board Certified Counselors- International. Miembro de la IAC (Asociación Internacional del Counseling). Miembro avalado por IRCEP con sede en USA. Director de la revista virtual internacional www.revistaenfoquehumanistico.com. En el año 2000 recibió el Premio Vocación Académica otorgado por la Fundación que organiza la Feria del Libro de Buenos Aires. Autor de numerosos artículos y varios libros de la especialidad, entre ellos: *Crear Salud o Curar Enfermedad* (1993), *Psicoterapias en Argentina* (1994), *Estar Presente* (1997), *Counseling Humanístico* (1999), *Buscar un lugar en el mundo* (2001), *Qué es el Counseling* (2003), *Desplegarse* (2005), *Enfoque Holístico Centrado en la Persona* (2005), *Conocer a Carl Rogers* (2006), *Manifiesto Humanístico* (2010). *Quiasma Metapsicología de mi posición terapéutica* (2016). Coautor en *Psicología Humanística* (1995) y *Anorexias y Bulimias*(1995), Chapter of Argentina in *Counseling Around the World, International Handbook*, American Counseling Association (2018)

José Carlos Bermejo Higuera

Doctor en teología pastoral sanitaria por el Camillianum de Roma, máster en bioética por la Universidad de Comillas de Madrid, máster en counseling y en intervención en duelo por la Universidad Ramón Llull de Barcelona, director de los posgrados del Centro de Humanización de la Salud que dirige en Tres Cantos –Madrid-, profesor en la Universidad Ramón Llull de Barcelona, Católica de Valencia y Católica de Portugal, autor de más de cincuenta libros sobre humanización, counseling, duelo y bioética, y numerosos artículos de investigación que se encuentran en www.josecarlosbermejo.es

Ezequiel L. Russo

Counselor graduado del Instituto Juan Amos Comenio (2002), con especialización en Desarrollo Personal egresado de Holos Sánchez Bodas sede San Isidro (2004). Estudió Psicología y Psicopatología en la Universidad de Flores. Es especialista en Psicogeriatría y Neurorehabilitación Cognitiva por la Asociación Neuropsiquiátrica Argentina. Actualmente se encuentra licenciándose en Gerontología en la Universidad Católica de Santa Fe. Es creador del postítulo de especialización en Counseling Gerontológico, dictado en diferentes instituciones. Trabaja desde hace 18 años en instituciones públicas y privadas de salud. Docente de la carrera de Counseling, Director del Grupo Orientándome y Counselor Gerontológico de “Edificio Manantial” Vivienda asistida para adultos mayores. Profesor titular en la Primer Escuela Argentina de Counseling- Holos Sánchez Bodas- en sus distintas sedes.